

SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA



Año 1 - Madrid, 12 de abril de 1942 - Núm. 15



FERIA DE SEVILLA

PORTADA, de José R. Escassi.

FERIA DE SEVILLA. LAS PRIMERAS CASITAS, por Manuel Machado, con un dibujo de Manuel Egula.

PORQUÉ DEL CANTE HONDO, por Patricio González de Canales, con un dibujo de Alberto Rivas; página 4.

BAILE ANDALUZ, por Celestino Espinosa, con dibujos de López Reiz, Rivas y Bayón; página 5.

FERIA DE ABRIL EN SEVILLA; reportaje de Ramón Resa; páginas 6 y 7.

CABALLOS DE ESPAÑA, por A. de Castilla, ilustrado por Tola; página 8.

FIN DE SIGLO EN LA FERIA DE SEVILLA, por Nicolás de Armiña, con dibujos de Alber y Rivas; página 9.

IGUAL Y DISTINTO, por Julio Fustes, con un dibujo de López Reiz; página 10.

FERIA EN JEREZ, por César Crespo; página 11.

ABRIL EN SEVILLA, por Joaquín Juste; página 12.

POR TIERRAS DE AVILA

EN ARENAS DE SAN PEDRO

Traspuestas hacia el Norte tierras toledanas, Castilla la Vieja, crisol de la raza, cuna del romance, empieza a levantar sus barreras pétreas, bastiones ingentes de su fortaleza milenaria.

En predios ya de Avila de los Caballeros, romana y cristiana, monumental y guerrera en las Comunidades, se encrespa el agro y forma el primer baluarte natural, signo de altiva independencia: es la Sierra de Gredos, pavorosa, ceñida con turbantes de armiño y envuelta en cendales de nubes que emergen de la famosísima laguna de su cumbre.

Escenario magnífico de majestad imponente y agreste belleza insuperable. En sus faldas meridionales, pinares inacabables, bosques de encinas, robledales, tesoro forestal que los siglos no agotan... Los riscos y las laderas tienen entrañas de mármoles y granitos.

En este paisaje de austera grandeza que habla al espíritu de recias glorias caballerescas, ponen su gracia laboriosa pueblos colmados de recuerdos históricos y de nobles afanes presentes. Tal, Arenas de San Pedro, noble villa industrial y ganadera, cuyos hombres trabajadores honran la tradicional artesanía maderera.

Rige el Ayuntamiento de Arenas de San Pedro el camarada Domingo Rodríguez Galán, que lleva dos años al frente de la Corporación. En este corto espacio de tiempo, el Municipio de la villa ha tenido que afrontar y resolver difíciles problemas referentes a la hacienda municipal, que durante los años que precedieron al Glorioso Movimiento fué llevada por administradores poco escrupulosos a trances de agobio rayanos en banca rota, que tal suponía el sostener una deuda superior al medio millón de pesetas. A partir de la iniciación de la Cruzada, unos cuantos hombres de buena voluntad tuvieron a su cargo restaurar lo que estaba en términos de ruina, y con una administración austera y un continuo y generoso esfuerzo, han conseguido no sólo cancelar las deudas, sino acometer obras de tanta importancia como la reconstrucción de las dependencias municipales que sufrieron las consecuencias de la guerra, y otras de urbanización y embellecimiento públicos. Empresa la más afortunada entre las que patrocinó el Ayuntamiento es la institución del Hospital de urgencia para accidentes, y entre las de próxima ejecución

figuran el Matadero Nuevo y las escuelas de Hontanar.

En la vida social de Arenas de San Pedro destaca la labor renovadora realizada por el jefe de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., camarada Montero, que con celo admirable mantiene el prestigio de la organización, logrando agrupar a su alrededor al pueblo entero, que da su entusiasta apoyo a cuantas iniciativas se le ofrecen dentro de la más pura línea nacionalsindicalista. Merece especial mención la labor desarrollada en Auxilio Social, modelo de organización, que reparte diariamente más de doscientas comidas y presta eficaces auxilios a los necesitados, con un espíritu de auténtica y generosa justicia.

Bajo el control del Partido funciona con eficacia admirable la Delegación Comarcal de la C. N. S. en Arenas de San Pedro.

Su jefe comarcal, camarada Samaniego, nos informa de la gestión realizada durante cuatro años al frente de la organización. Una intervención constante, equitativa y eficaz ha logrado en Arenas de San Pedro la más cordial convivencia entre empresarios y productores. Este espíritu, entusiastamente fomentado por los dirigentes de la C. N. S., ha permitido que los escasos conflictos planteados se hayan resuelto a plena satisfacción de todos, sin

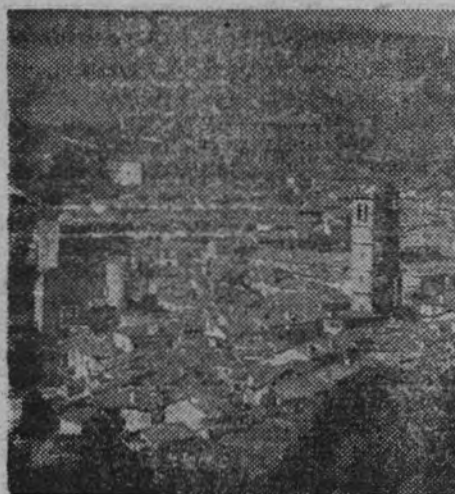
que los fallos hayan originado a menor discrepancia, y que en relación con el trabajo esté alcanzada hace ya tiempo la meta ideal: en Arenas de San Pedro, no sólo no existe ningún obrero parado, sino que el problema de la Oficina de Colocación sea actualmente el encontrar productores que se necesitan para tareas de diversas especialidades.

En los dieciocho pueblos que comprende esta Delegación Comarcal, funciona la Hermandad de Labradores, con sus cuatro Secciones de olivereros, obreros agrícolas, labradores y ganaderos. Y en Arenas de San Pedro actúan, además, los Sindicatos de la Madera y de Oficios Varios, en el primero de los cuales se encuadran en su totalidad empresarios y productores en número aproximado al millar.

La riqueza forestal y su secuela la industria maderera, puede decirse que absorben la casi total actividad de Arenas de San Pedro, en donde funcionan diez fábricas de aserrar, cuya producción sobrepasa actualmente la cifra de treinta mil metros cúbicos de madera anuales.

Pero la laboriosidad y el verdadero espíritu nacionalsindicalista de los productores todos de Arenas de San Pedro procuran superar este trance de obligada crisis y no dejan de perfeccionar sus métodos de trabajo para que cuando las circunstancias mejoren, la industriosa villa pueda desarrollar su producción en la cuantía que su esfuerzo merece.

Otra de las Obras que merecen especial mención dentro de la Delegación Comarcal es la Cooperativa Agrícola Católica, que ha venido a dar la última batalla a la secura, pues su principal objeto es hacer préstamos a los labradores con un tipo de interés normal.



Vista general

PRINCIPALES INDUSTRIAS DE ARENAS DE SAN PEDRO

Viuda de Cándido García,
Pedro Tiemblo,
Antonio Ferrero,
Narciso Hernández,
Justo Tomás,
Domingo Rodríguez,
Macario Pérez,
Santiago Crespo.

HIJO DE A. PERAL

EXPORTADOR DE ACEITE

REFINERÍA DE ACEITE

CASA CENTRAL EN VALLADOLID

SUCURSALES EN:

SEVILLA, BAIEN (Jaén), PERALES DEL PUERTO (Cáceres)

FERIA DE SEVILLA LAS PRIMERAS CASETAS

Por MANUEL MACHADO

ME sirve de mesa para escribir estas líneas una camilla—admirable camilla—construida toda ella con sus propias manos por mi tío bisabuelo D. Luis María Durán, prócer ganadero (famosos son en los anales de la fiesta "más nacional" los renombrados toros de Durán, origen de una de las mejores vacadas actuales), rico propietario de grandes latifundios de labor en Extremadura y Andalucía.

Fué D. Luis María Durán el hermano—mayor—de mi bisabuela y del ilustre colector del Romancero, historiógrafo y crítico insigne de nuestra Literatura, amén de prosista y aún poeta notable, primer director de la Biblioteca Nacional, académico de la Española..., D. Agustín Durán.

Don Luis, en cambio, mucho más rico que sus hermanos, sin duda, como mayorazgo y acaso por la prosperidad de sus ganados y labranzas, no descoló nunca, que yo sepa, en materia de Letras... Su padre, un "esprit fort" de fines del XVIII, médico de la Reina María Luisa y de la duquesa de Alba, le había dado, como complemento de una educación esmerada, el oficio de ebanista, y como tal, hizo, por su gusto y para su casa, verdaderas maravillas, entre otras esta camilla, dechado y "nec plus ultra" de las camillas... Fué, además, y esto del todo "motu proprio", tan excelente pintor, que sus copias de Murillo, al que era aficionadísimo, podían pasar por originales del incomparable maestro, "sevillanizador de lo divino...". Pero todo ello sin otra idea que la de divertirse y distraer los ocios que, poco más o menos, componían su vida entera, una vida dedicada casi por completo a hacer su gusto y satisfacer sus caprichos, por extraordinarios y costosos que pudieran ser.

Porque este hombre parece que se amaba a sí mismo sobre todas las cosas, y se encontraba naturalmente admirable por muchos conceptos: uno de ellos era, sin



duda, la figura, a juzgar por la innumerable colección relicta de sus retratos en pintura, escultura y grabado... Era el buen don Luis, sin embargo, de lo que hoy llamaríamos su egolatría (y acaso fué sólo, ¿por qué no?, lógica consecuencia refleja de su temperamento afectivo), un padre cariñosísimo de sus hijos y un verdadero amante de su esposa, que, reciprocamente, murió adorándolo... Y apenas pensar que este hombre, de voluntad virgen y tan mimado de la fortuna y de las mujeres (hasta de la propia), fuera en sus últimos años, ya viudo, la víctima de un amor romántico que lo arruinaba de fortuna y de salud, cuando no tan viejo para que la muerte le solucionara naturalmente el conflicto, tampoco era lo bastante joven para esperar de la vida la solución con nuevos amores humanamente creíbles y desinteresados, por mucho que presumiera el paciente... Abandonado y traicionado por la bella ingrata, que le dejó, empero, como fruto y recuerdo de los apasionados días felices unas bellas hijas, el gran D. Luis, herido, al fin, en su salud, y, lo que es peor, en su amor propio y confianza de sí mismo, murió con la suficiente oportunidad para no llegar a la total ruina de

fortuna a que con precipitados pasos caminaba...

Que la sombra de mi ilustre y lejano tío no me agradezca este vago retrato a pluma—único procedimiento a que no quiso él, por lo visto, recurrir en vida, acaso porque no fué tanto su deseo el de pasar a la posteridad como el de recrearse en la contemplación de su vera "effigies", lograda por todos los medios de las artes plásticas... Yo he trazado aquí, a grandes rasgos, esta semibiografía de don Luis María Durán, porque al desorden de esa vida, sin más norma que la real de su gana ni más freno que el del imposible físico, se debió la institución admirable de las casetas en la Feria de Sevilla, por estos mismos días de abril, hace próximamente un siglo...

Una caseta en la Feria es hoy el lujo tradicional de muchas familias principales de Sevilla. Un lujo de primera calidad, muy superior al palco en la ópera, al abono en los toros; notablemente más caro, infinitamente más sabroso. Porque es vivir la Feria y vivir en la Feria. Pero al mismo tiempo es la prolongación de la casa, una extensión del hogar, con tanto de íntimo y de personal. Si una necesidad, mediana-

mente artística, de regularidad y simetría, ha llegado a uniformar las casetas en cuanto a su arquitectura general y a alinearlas en calles al estilo urbanístico municipal, todavía el decorado y mobiliario interior las diferencia y caracteriza según cada tipo de familia las informa y el gusto de cada propietario las marca. Hay, con todo, en ellas la nota común de la santidad hogareña de la alegría limpia y sana incompatible por su clara ostentación con toda ambigüedad viciosa. La caseta es la propia casa—conyugal, paternal, fraterna—dada por unos días al placer y al ensueño de la Feria; a la gloria de la mañana sevillana en el real, relinchante de potros jerezanos; a la tarde, suavemente estremecida de auras deliciosas; a la fantasía de la noche, llena de coplas y danzas encarnadas... Vivir la Feria. Y, para ello, vivir en la Feria. Cosa harto simple, que se le ocurrió, parece, por la primera vez a Don Luis Durán—labrador, ganadero y artista—, acostumbrado a hacer su santa voluntad en una vida tan honda como inconscientemente romántica. A él le gustaba la Feria—le interesaba, además, como feriante—; pero, sobre todo, "le gustaba". Y no pudiendo llevarse la Feria a casa, llevó su casa a la Feria, cuyo ejemplo siguieron luego tantos otros, hasta establecer la amable costumbre.

Relevamos el hecho, porque de estas ocurrencias sencillas y valientes se ha solido seguir al mundo más gusto, y a menudo más provecho, que de los más grandes sistemas filosóficos-económicos-sociales, muy respetables, por lo demás.

Si con este grato motivo mi noble antepasado merece perdurar en el recuerdo de los buenos por un hecho amable y provechoso para sus contemporáneos y posteriores, forzoso será confesar que lo logró a favor de obra y con la idea—no siempre estérilmente egoísta—de pasarlo, él mismo, lo mejor posible.



FABRICA DE HARINAS "LA ROSA"

JOSE GARCIA LOMAS DEL CASTILLO

Fábrica:

Carretera Salamanca, 8

Teléfono 2649

Oficina general:

Mayor, 12

Teléfono 2709

VALLADOLID

POR QUÉ DEL CANTE HONDO

Por PATRICIO GONZALEZ DE CANALES

ANDALUCIA, ¡ay!, mi alma. Desheredados vagando por un paraíso conquistado. Tierra fecunda que al esfuerzo hace estéril. Huida angélica del trabajo. Hambre de siglos, sudores y penas entre vergeles. Gracia y buen arte. Violentos contrastes de luz. Milenarias marejadas de fondo. Noches brillantes. Estirpes góticas cuarteadas por linajes agarenos o moriscos. Cristianos viejos, falsos conversos. Arrieros, jarruqueros, mineros... Castas que aún no ha acabado de fundir el cristianismo. Motines del arrabal, anarquistas del 34. Trágicos atavismos tras la luz y el color de las alegrías. De vez en cuando hay que clavar el pendón de la conquista.

Venga esa guitarra, que la voy a tocar. Déjame con nadie, que quiero cantar. Me entran ganas de domar..., tengo gana, ¡qué se yo!, dónde va mi ansia bronca. El alma me quema, madre; mis esperanzas se van muriendo y mi sombra se va arrastrando. Que yo la "chinel", madre; ¡por quien soy!, me la tengo que "chinar". Sorbiéndole el aliento la ganaré con un desplante. Vamos, ¡guitarra mía!; mi consuelo. Ardiendo el nervio temperamental comienza a rasguearse la prima y el bordón con las yemas, y la finura con que se acaricia el cuello de una mujer.

Sin la guitarra parece que no tiene sabor el cante. Los momentos dramáticos del alma, cuando se gime cantando o se canta la angustia de un vivir humillado, el hombre siente su soledad frente a la crueldad de su destino, al cual siempre se conforma. Cuando el alma trasciende y choca con los grandes misterios que la rodean, se transfigura y parece ir desgarándose trágicamente. La liturgia del cante se queda sola con la voz humana sobre toda idea de asociación. En ese campo se tacha la levadura del cante grande: la "debía", la "saeta", la "toná", la "liviana", el "martinete"...; los demás necesitan los colores de la forma, el calor de la carne, las contorsiones infernales de la danza, el repiqueo de las castañuelas, el chapineo, las palmas, el jaleo, el diálogo y el reír y el llorar de la guitarra.

Así como el cuerpo, el alma tiene grandes necesidades. A veces sentimos imperiosamente la necesidad de estar con Dios. De la misma manera el alma se deja llevar, atraída, arrolladora, por los secretos que laten desconocidos en las propias venas, por la pasión misteriosa de la vida, por la pasión misteriosa del amor, por la pasión misteriosa de la muerte. La misma pasión que rodea al artista o al científico, arrebatada a un viejo pueblo, aleteándole, rejonándole su propia entraña. De aquí que el cante de los flamencos o señores desterrados, desheredados, perseguidos—según el sentido de la palabra: fellahs es hoy el campesino egipcio, y meneco—, salga de lo hondo, muy de lo hondo del alma individual, enfiendo y simbolizando la experiencia secular de un pueblo en lucha con el hambre, con la derrota, con la persecución, con la esclavitud social, con sus propias pasiones. Sin quererlo, una garganta joven cuando canta expresa con sus quejas, sus gemidos, sus lamentos, los extraños motivos anímicos de las religiones antiguas y ese anhelo que viene desde las mastabas y ha pasado por las generaciones desde entonces enterradas. Hay un algo fundamental, inexplicable, que lo es todo. Brío, dulzura, tonalidad, acento, cambios, ahogo... El lenguaje es cosa secundaria. El tema o argumento también es lo de menos siempre que sirva para transportarnos a esa región incógnita cuyo por qué jamás sabrá explicarnos la ciencia aunque llegue al fin día a decirnos su cómo; la mecánica del fenómeno. Una pincelada respecto a un acontecimiento del alma o del paisaje es bastante. Instintivamente se huye por larga experiencia de cuanto roce a los que mandan, a la autoridad, a lo político. Se huye de cuanto pueda herir o molestar a nadie. Se pretende espontáneamente en el cante hondo sacar a relucir esa marejada milenaria sobre la que está edificada Andalucía, valiéndose para ello de las formas de expresión, de las ánforas soberanamente bellas de la vida antigua. Este lamento es anterior a la cultura griega, a la idea del hombre como medida de las cosas, a la idea de la proporción y del problema, y a cuanto sobre ella se ha levantado, rechazando por tanto a la norma, a la medida, al canon, a la razón de la estética, a la razón de la lógica, a la razón del pentagrama...; no cabe en ninguno de los encierros, en

ninguno de los moldes adobados por la razón. Esta indefinible aristocracia espiritual, nacida en la noche lejana de los tiempos, no puede entenderla sino quien la recibiera en la cuna por herencia. Los demás elementos se han venido recogiendo, escogiendo, de las diversas culturas que se derraman en España. La "seguriya gitana", las "playeras", vienen del "treno", de los cánticos maravillosos de las sinagogas, a cuyas formas se acopla, ron los gérmenes de lo que hoy es el "cante grande". La melancolía que inspira, lo sentimental de sus tonalidades, la vaguedad de su ritmo y la monotonía melódica tienen claro sabor hebreo. Sus quejumbrosos giros, sus lánguidas inflexiones, proceden, con tantos otros datos, de la liturgia mozárabe, del arte popular arábigoespañol. La insistente repetición de los períodos, los modos ondulantes de la danza, la falta de armonía, su antiestética irracionalidad, proceden de costumbres rituales de cultos muertos. Las palmas son hebraicas; el ropaje, morisco; las castañuelas o palillos son los mismos ins-

recen en el siglo XV y se desarrollan en el XVII entre los falsos conversos y los moriscos rezagados en las bravuras de la serranía. Surge como protesta social contra la persecución política de sus religiones y las medidas de expulsión. Cuando éstos acaban de confundirse con la población cristiana dejan el hermoso legado del cante a los gitanos, por ser incompatible con la hostilidad de las costumbres; pero no a los gitanos de suela pelambre racial, sino a los de pura cepa, cuales siguen siendo los del Albayzín, la Alpujarra, Triana y la Macarena, algunos de los cuales pudieron haber podido servir de modelo para las estatuas encontradas en las tumbas faraónicas. Desde entonces, ellos, que habían contribuido parcial y secundariamente, monopolizaron el cante hondo y lo hicieron patrimonio exclusivo suyo.

Una correcta clasificación parece imposible; lo más una genealogía.

La "malagueña" puede considerarse como eje y base de todo el cante clásico, de casi todo el cante grande y de

"corro" y los "trovos"—continuación de los romances medievales—, hasta llegar al cancionero actual: "Pedro Romero", "María de la O" y tantísimas otras de la última hornada. En las Andalucías de Méjico, Puerto Rico, Nueva Granada, Valparaíso, la Argentina, etc., se siguen desarrollando variadas composiciones del mismo tronco, en abierta decadencia, y con la retención de encontrar otros rumbos.

Volviéndose mochaes, despreciando, zapateando, poniendo el alma y el cuerpo, se describe lo indescriptible con un tro gemido sin lágrimas. Unas cuantas sílabas nos embriagan con los perfumes de nuestra lejana sangre. Goteando lamentos con uno u otro son, de la variadísima gama de este arte, lanzando al espacio el polen de nuestro pecho, nos vamos al mundo del sentimiento, fuera de la voluntad, donde se desconocen los por qué. Nos reaviva las cicatrices intimas del deseo amoroso, los triunfos y las derrotas; los afectos encontrados que nos agitan la juventud. Se despierta la potencia latente, delicadamente dormida. Admiración, entusiasmo, adoración, celos, el desdén de la sociedad, las penas, el despecho, el odio, el dolor de la separación, la ruptura, la reconciliación, los gritos sangrantes de la pasión... las tempestades del amor, que perpetúan la raza humana y fecundan civilizaciones. No se trata de la vuelta a los instintos del primer telar, sino del desdoblamiento del cuarte no cristiano, no gótico, no pagano de nuestra sangre española, resto que a nuestro pesar guardamos en el corazón, de las culturas milenarias que fueron vencidas por nuestros abuelos en nombre de Europa y en este mismo solar. El cante flamenco, el temperamento, el coraje, la gallardía del gesto, el desprecio de la vida ante el amor propio, obedecen al mismo escape del torrente de siglos que llevamos debajo de la corbata. El andaluz, aunque se embriague con el zumo y el rezumo de la zambra, está de vuelta de lo gregario, porque lleva dentro, trenzadas o fundidas, civilizaciones históricamente superpuestas. A pesar de estar vencido, él es por sí mismo más aristócrata que la romanidad, y hasta sabe poner con elegancia los ladrillos de una tapia. Se rebela contra la lógica que le arrebató su señorío, contra la razón que falta en el juego del amor, en la tragedia del hombre frente a la mujer y de la mujer frente al hombre, en la santa rabia, en la ironía amarga, en la angustia ante una abismal desolación, en el drama interior...

Andalucía, ¡ay!, Andalucía. Ella misma es el marco sensual del cante, el alma del cante. Mujer para adorarla y para esclavizarla. Azahares y albahaca. De vez en cuando, una palmera. Cortijos engalados junto a un olivo. Olivares en tierra negra. Olivares en tierra roja. La vega del Guadalquivir; el río grande llorado por los árabes en el destierro. En las faldas de las crestas hay jardines naturales que huelen a gloria. Jazmines, nardos y madreselvas reinan durante la noche en las ciudades. Lo mismo que sus cantares y que sus mujeres. Andalucía es serena, brava, suave, agreste, salada, enervante, filosófica, clásica, fina, desesperada, pendenciera, misteriosa... El cante es su lenguaje y su culto. Un rito que se peleó hace tiempo con la política y con la Historia. En el fondo de su alma, en el mismo sitio de donde brota el cante, yacen filosofías y religiones. Sigue siendo el campo desnudo de combate de grandes pasiones y de grandes tragedias sociales. A pesar de todo ello, clases llamadas cultas, siguen considerando al cante flamenco cosa propia de gente baja.

Mira qué bonita era, se le parecía a la Virgen de la Consolación de Utrera. (La recogió Romero de Torres en un cuadro ante la novia muerta.)



trumentos sagrados que usaron procesionalmente las sacerdotisas de la diosa Isis. El zinele, romanó o caló es un dialecto derivado de otros que hoy se siguen hablando en el Indostán. La sombra, el doble o ka, el fuego, el agua y cuantos otros elementos se manejan proceden de las ciencias sagradas guardadas celosamente por los sacerdotes asirio-babilónicos y por los egipcios; a la luna, a las estrellas, se les da siempre un sentido religioso. Las escolásticas no sirven para aprender todo esto; hay que meterse dentro de uno mismo y acudir a los hilos de la tradición que hasta a la música hace saltar. Esta legendaria tradición está científicamente probada. No creamos nada, absolutamente nada, fuera de un paralelismo, con los tzinganos bohemios, y muy poco, aunque sí lo más sabroso, de los gitanos españoles. Arranca de aquí la alfabética prehistoria andaluza en que cantaban los niños las leyes que dictaban los consejos de ancianos y en que Homero situaba un paraíso. Los diversos grupos étnicos que aquí afincaron, traídos por el aluvión de las invasiones meridionales—cerca de Niebla existe un poblado cuyos moradores parecen de origen persa—desde la médula de las culturas orientales, nos proporcionaron sus mejores expresiones poéticas, sus danzas... Las formas actuales del "cante" flamenco apa-

la mayor parte del "cante chico"; pero falta de formas rígidas, ha venido siendo enriquecida constantemente por el estilo y las dotes de los cantaores, dadas las extraordinarias dificultades técnicas, por las facultades que exige, para su perfecta realización. La belleza melancólica de la "soleá"—soledad—, el arranque del primer verso de la "soleariya", las "peteneras", las "cañas", los "polos", las "serranas", las "rondeñas", las "jave-ras"... se cantan con acompañamiento de guitarra y sin baile. Variantes son la "malagueña rasgueada", la "punteada", la "granaina", la "media granaina", las "murciellanas", las "cartageneras", las "tarántulas" y los impropiamente llamados "cantos de Levante", con el "fandango" y el "fandangillo". Por alegrías, y para bailar, se cantan las "alegrías", las "sevillanas", las "bulerías" y el "tangó". Las "calles de Cádiz" y el canto chico en general. Sobre las seguriyas gitanas se sigue discutiendo, pero las demás seguriyas, todas cuantas no sean playeras, están enraizadas en la clásica seguidilla española, de origen castellano, adaptadas al gusto andaluz, como las "sevillanas jaleadas" y tal vez las "roci-ras" y muchas otras que parecen hermanas de las "manchegas", las "boleras" y la "cachucha". En caso parecido se encuentran las "canciones de cuna", las del



Restaurante - Bar - Café - Píciduria
Reina, 25 y 27 - MA RID

BAILE ANDALUZ

Por C. ESPINOSA

SI todas las sensaciones humanas de alegría o tristeza se pueden agrupar como punto final de abstracción en esos dos fenómenos de la risa y del llanto, cada uno de los cuales encierra en sí una escala casi infinita de matices, de la misma manera cabría asegurar que en esos mismos grupos se resumen todas las actitudes corporales encaminadas a la manifestación de los sentimientos del hombre, o derivadas involuntariamente de éstos. Entre esas actitudes de mera naturaleza fisiológica, paralelas en todo al proceso espiritual humano a base de un supuesto de sinceridad espontánea y sin cortapisas de convencionalismo o de ficción, acaso las posturas y figuras de danza resultan más elocuentes.

La danza es puro instinto natural y primario, que necesita de muy pocas añadiduras para cristalizar en perfección. Añadiduras instintivas también, además, y obtenidas sobre las prácticas primeras de ese mero ejercicio corporal, porque cuando pretenden rebasar de tal límite y llegar, en su caso, a hacerse cerebrales, inciden ya en una especie de técnica artificiosa y de clave profesional que desvirtúan en absoluto la pureza y autenticidad del sentimiento en donde nacen.

No está en otra cosa sino en la conservación o desvirtuación de la espontaneidad primaria, la diferencia entre lo popular y lo no popular, entre lo folklórico y lo intelectual. Y ceñidos a aquello, centrados ya en su entraña, se puede observar con facilidad evidente la impregnación costumbrista que cada especie de baile ofrece, a base de determinados imperativos.

El principal de éstos es, sin duda, la interpretación del eterno y terrible enigma de la vida por el hombre, animal inteligente que no puede, a su vez, eludir la tiranía de su ámbito y su espacio, de su paisaje y de su clima. Así, el pueblo andaluz, sumergido en profundas lejanías de horizonte y de altura, que conoce por modo constante y con tan sólo abrir los ojos al día y a la noche, siente dentro de sí, y sin maestro, la magnitud

inmensa del Universo, concibe la vida en proporciones vastas y hondas, y tiende a exteriorizar en risa y llanto las dimensiones que le abruma.

No creo yo que esté lejos de aquí su secreto de gracia y de solemnidad apareadas. Ni creo que se halle en otro centro la orientación que hacia cualquiera de ambos polos adoptan sus bailes imprecisos, que aquí no cabe enumerar ni —mucho menos— desbrozar en sus hondas raigambres y sentidos.

Imprecisos los llamo, no en tanto a su precisísimo perfil, sino en cuanto al punto de estudio en que entiendo se hallan aún para el vasto sector español que ignora a Andalucía. Porque entre las muchas cosas españolas apenas desveladas todavía, esto del baile o bailes andaluces—que han sido injusta víctima de un ciclo devastador de pandereta—no está siquiera comenzado a apuntar.

ducente pretensión resultan ilegibles los contados ensayos de obra así, que existen hasta el día. Pero cabría hacer, en cambio, y cuando menos, algún esfuerzo encaminado a establecer en la forma más precisa y amena y docente posible el cuadro general de las especies preciosísimas que aún sobreviven en aquellos dos grupos arriba apuntados, al margen de disquisiciones demasiado eruditas sobre arranques de origen, respecto de las cuales cabe sonreír con el claro despego que encierra aquella frase de un buen prólogo de Tomás Borrás —aficionado impar— a un libro de cante: "Porque una de las monsergas de los folklóricos y otros diseadores de la vida es que el cante —y claro que el baile y la guitarra— son hasta rusos o arios y demás líneas genealógicas sacadas por los pedantes."

Así lo creo yo, en líneas generales y resumidas cuentas, pensando



Apuntado se encuentra, y no muy bien, por cierto, lo relativo a cante, quizás por hallarse un poco más al alcance y oído de las gentes. Pero el baile, ni eso siquiera. Que en ese desconocimiento y en ese olvido influye un complejo de causas, y no parece sino que, siendo cosa de pies, se marcha a salto —más que a paso— de la atención de las gentes.

Literatura si la hay sobre el tema inquietante; pero literatura literaria, es decir, pura lírica en torno. Poca cosa.

Claro es que sería inútil —y acaso hasta contrasentido— pretender disecar en reglas sobre el papel la mecánica estricta de este baile intuitivo y nativo del pueblo andaluz, y que por esa inútil o contrapro-



tibia y azul. Y en ese cimbrear de junco en lago mecido por la brisa, que cabe desvincularle ahora al hombre cordobés para adjudicárselo a todo el paisanaje de la cuenca del Betis; en ese cimbrear natural y solemne, se encuentra, a mi entender, todo el ritmo inicial de esos bailes de gracia o de llanto, de broma o de tragedia de la tierra andaluza, desde el tango a las "chufas" del pillete de muelle a la pura epilepsia gitana en que acaban las ceremonias funerarias o conyugales "cañis". En ello y mucho más: que es "la onda del aire y la onda de luz" a que alude en su obra "Sevilla en los labios", ese fino andaluz que es Joaquín Romero.

El cual, por cierto, en ese mismo tranco que en su libro dedica a "la danza andaluza", y ofrece a don Mar el de Falla, observa con sagacidad este otro curiosísimo fenómeno con el que quiero subrayar el final de estas líneas: "En España no se ha hecho nunca, ni se hace en la actualidad, crítica de danza, con ser España la cantera de una escuela de baile y haber tenido y tener sus más famosos intérpretes. Quizás la sabiduría del pueblo en estas disciplinas de gracia no hace precisa la guía, el estímulo o la aclaración de la nota crítica."



HOTEL FERNANDO-ISABEL
(ANTES DE FRANCE)

TERESA GIL, 23
TELEFONO 2229
VALLADOLID



En el interior de una caseta, bailando las seguidillas

En el mes de marzo de 1847 apareció en Madrid una Real Cédula de Isabel II concediendo a Sevilla la celebración de la Feria de ganado de los días 18, 19 y 20 de abril. Esta petición hicieron D. José María Ibarra y D. Narciso Bonaplata, en atención a los deseos expresados por la ciudad en el año anterior de 1846, con el fin de fomentar la riqueza ganadera y agrícola de la provincia reuniendo una vez al año los distintos aspectos de la producción del campo, normalizar las transacciones y organizar la economía. Así rezaba la petición que secundó la Reina, y el alcalde de Sevilla, a la sazón conde de Montelliro, se apresuró a comunicarlo a todos los Ayuntamientos de la provincia. Lo primero de que se trató fue de la organización de un feril de ganados, y así fue, con notorio éxito, porque aquel año entraron en el Real más de veinte mil cabezas.

Hay que reseñar que la feria existía desde los tiempos de Alfonso X el Sabio, que la instituyó como motivo de regocijos públicos y transacciones generales, según rezan las crónicas. Pero después fue decayendo este festival, y a mediados del siglo pasado sintieron la necesidad de reverdecir la antigua Feria para estimular a los mercados de agricultura y ganadería, riqueza la mayor de la región. Renacida la Feria con motivo del decreto de Isabel II, fue aumentando su importancia, y ya en 1849 se instalaron las casetas para mejor recoger al gran público que acudía al feril. En 1849 adquirieron estas mayor importancia, instalándose las llamadas de "martillo", cubiertas con lonas e iluminadas con farolillos a la veneciana. Hubo entonces muchos premios para estimular a los feriantes, y a la cabeza iban los duques de Montpensier, que entregaron objeto de plata para premiar a las más artísticas.

Ante esta propaganda acudieron el año 1850 los primeros puestos de juguetes y de turrone, y ya se puede decir que entonces adquiere la Feria el carácter que ha de tener hasta la "invasión" de los métodos extranjerizantes, que, afortunadamente, fueron desterrados a comienzos del Movimiento españolista y nacional de 1936.

Chaquetas cortas, sombreros de "queso", mantillas, mantones bordados y los demás típicos atavíos dan a la Feria su verdadero carácter popular. Los toreros que actuaban en las tardes feriales acu-

dían por la mañana en airosas calesas al Real, y eran obsequiados por los partidarios de su arte, y después de la función volvían al Real con sus trajes de luces a buscar el refrendo en los aplausos de los aficionados que les veían pasear.

Años después instalaron casetas los casinos, y toma la Feria un carácter extraordinario, animándola los duques de Montpensier, que instalan su primer caseta particular y pasean por el feril en caballos típicamente enjaezados. Con este motivo los duques abren al público los bellos jardines de San Telmo, que eran tan grandes como hoy es el Parque de María Luisa, que lo cedió esta benemérita infanta de España al pueblo sevillano en un rasgo de bondad.

Junto con esto comienzan a afluir los circos y "tios vivos" y otras diversiones, y se exterioriza el regocijo popular con la primera función de fuegos artificiales, que tiene lugar por primera vez el año 1864, para celebrar el derribo de la puerta de San Fernando y el murallón que la unía con la puerta de Jerez, instalándose la verja—que aún sigue hoy—de la fábrica de tabacos. También se celebra entonces la instalación del gas, que sustituyó a las velas en los farolillos y que fue acogido como un adelanto de la ciencia.

LOS PRIMEROS CONCURSOS

A partir de este año toma gran incremento la Feria y se aumentan las casetas particulares y de casinos. En vista de esto, se introducen los concursos para la mejor caseta, y los instaladores hacen primores en el exorno y originalidad. Estos concursos estimulan las iniciativas, y en los años sucesivos se van incrementando las casetas y se reproducen patios, cortijos y otras instalaciones de tipismo andaluz.

La Feria se celebró siempre en el prado de San Sebastián, por la ermita que existía de este santo mártir con la famosa Venta de Eritaña al fondo, que ha desaparecido. Únicamente tuvo un paréntesis en el año de la Exposición Iberoamericana, que se celebró en el sector sur de la misma y duró siete días, pero después ha vuelto al prado de San Sebastián, donde se celebrará este año por última vez, ya que el próximo irá a la zona de los Remedios, en Triana, porque el antiguo prado está ya muy "cercado" por las edificaciones modernas.



Los farolillos del ganado

FERIA DE ABRIL

EN 1847 SE CONCEDIO A LA CELEBRACION DE LA

Este año, en 120.000 metros cuadrados 300 casetas particulares. Para iluminar 50 kilómetros de cable, que llevará a las 100.000 lámparas

Desde 1846 que se celebró la Feria ya con carácter oficial, fue progresivamente aumentando en grandeza y tipismo. Únicamente cuando la República se le quiso quitar algún carácter, intentando desnaturalizarla como a todo lo español, pero no tuvo el menor éxito esta iniciativa extranjerizante. Así se dio el caso que los avíos modernos y los atavíos llamados de etiqueta, fueron lanzados por virtud de las frases mordientes y castizas que despertaban en un público henchido de españolismo y sevillanismo, a pesar de todos los intentos y todas las absurdas iniciativas.

LA PASARELA

En 1896 se instaló la famosa pasarela para facilitar la circulación de los feriantes. Era una verdadera obra de ingeniería, toda de hierro, producto de la forja sevillana. Por debajo iban los tranvías y los carruajes, y con objeto de no entorpecer la circulación cruzaban las gentes de un lado a otro subiendo y bajando unas escaleras de la gran armadura de hierro. La iluminación de la Feria desde que se introdujo esta innovación hasta que se quitó era a base de iluminar la cúspide de esta pasarela, que era la alegría de todos los sevillanos, puesto que al verla iluminada muchos días antes de la Feria de abril, sentían ya la nostalgia de ésta.

Cuando el ensanche de la calle de San Fernando fué derribada la pasarela, y sólo se acuerdan de la misma los clásicos. Con la pasarela se fueron de la Feria los indumentos "modernos" y las cosas que no sabían ni a Sevilla ni a España. Bien idos están.

Otra efeméride que merece destacar, se fué cuando en el Real de la Feria se trocó la gloriosa bandera de España por la tricolor de la República. Aquello fué como un jarro de agua fría. La gente no se acostumbraba a aquel color, y de las casetas de la Feria sevillana salió aquella "seguidilla" zumbona y española que hablaba del morado debajo del amarillo y otras cosas que ridicularizaron para siempre a la exótica bandera.

LA FERIA ACTUAL

Hemos hecho un relato sucinto de la historia de la Feria de abril de Sevilla que podríamos llenar de hechos curiosos y anécdotas por la concurrencia de todos los personajes famosos de la segunda mitad del siglo pasado y por el tema que ha brindado a muchas crónicas y libros, recogiendo del alma popular muchas cosas que hoy enriquecen el folclore español.

De aquella Feria que inauguró el conde de Montelliro, alcalde de la capital de Andalucía, a la que se celebra actualmente, hay una gran diferencia, pero puramente de orden material, organización y contextura. Pero de costumbrismo, poca, porque desde hace unos años hay una corriente para volver a lo que era este festivo hondamente popular. Y se va consiguiendo, merced a las autoridades y al sentido típico y autóctono que, afortunadamente, se siente en el pueblo que, con gran instinto, vuelve por lo suyo, por lo auténtico, convencido de que en el cambio le dieron "gato por liebre". Grato retroceder en los españoles a lo suyo, a lo genuinamente español, que se advierte no sólo en una manifestación de júbilo popular, en una institución fundamentalmente sevillana, sino en todos los clamores de la vida española.

Ahora la Feria de Sevilla es sevillana. Parece una redundancia y no lo es. Es sevillana, clásicamente andaluza y se vive en ella la costumbre, el folclore a lo vivo, ofreciendo a los millares de visitantes extraños, tanto de intramuros como de extramuros de la Patria, una película

de lo que es la costumbre andaluza en cuatro días que dura la exhibición a lo vivo.

Sevilla, por la Feria, vive cuatro días el verdadero tipismo andaluz. Aquí se rinde culto a la costumbre; y de ahí esa raigambre tradicional que se conserva a través de todos los tiempos, triunfando de todos los modernismos exóticos. La ciudad, puede decirse que en esos cuatro días se muda a otra ciudad de cartón, madera y lona, y vive allí la vida andaluza con todos sus matices de hermandad, clasiquismo, modos, usos y costumbres. Se siente la tradición regional en todos sus matices y manifestaciones. Los vestidos, los decires, las maneras, el donaire y la hidalguía. Por eso al forastero es siempre acogido en el Real de la Feria con la hospitalidad peculiar de estas gentes que se rinden ante el extraño para mostrarse ante él como un pueblo noble, acogedor y obsequioso. Es lo que podríamos llamar el turismo de la hidalguía, que no lo tiene ningún otro pueblo.

LO QUE SERA ESTE AÑO

Vamos a dar al lector un pequeño anticipo de lo que será este año la famosa Feria de abril de Sevilla, que se instala por última vez en el prado de San Sebastián, porque desde el año próximo irá a su nuevo campo de Los Remedios, en el populoso barrio de Triana. Ya el prado de San Sebastián está destinado para la construcción de grandes viviendas, cuyo proyecto fué aprobado, y en seguida comenzarán las obras.

Con toda celeridad están trabajando desde hace un mes en la instalación del Real de la Feria. Esta tiene una extensión de 120.000 metros cuadrados. En esta enorme parcela de terreno se levanta la fantástica ciudad de lona y cartón, "ciudad de la ilusión", como la han llamado muchos poetas, pero que en verdad puede decirse ciudad típica, donde se conserva a guisa de museo folclórico que se abre todos los años, la costumbre de toda una región.

Allí se están construyendo 300 casetas particulares, más las de los casinos y entidades recreativas y culturales. Tiene la ciudad mágica dos grandes avenidas con cuatro glorietas y dos rotondas, más las calles adyacentes, que son como los barrios, y donde se instalan los puestos de turrone, juguetes y bebidas, además de la famosa calle del Infierno, que es como un barrio aparte.

La iluminación de este año será de unas cien mil lámparas, con un total de 2.048.000 vatios. Para dar corriente a tanta luz se colocan 50 kilómetros de alambre. El exorno lo forman más de ochenta mil farolillos a la veneciana con los colores nacionales, y lo completan más de cinco mil banderas y centenares de gallardetes, rosetones, escudos y varios kilómetros de guirnalda de laurel y flores de todas clases de los jardines sevillanos.

Este año la portada del Real que da a la avenida del Cid, la forman unos macizos de banderas hábilmente combinadas con copiosa iluminación, y en las glorietas se han colocado cuatro techados en forma de inmensa sombrilla, a base de farolillos y otros adornos, y las dos rotondas tienen unos remates graciosos con dibujos escogidos, siempre a base de muchas luces de colores y muchas flores.

Es difícil dar una idea acabada del maravilloso espectáculo que ofrece toda esta complicada construcción. Los farolillos forman como un túnel prolongado, pleno de fantasía y de colorido, superior a lo que puede imaginarse en los cuentos de hadas. De lejos se ve una mole inmensa como un mar de lonas, sobre las

RIL EN SEVILLA

A LA CAPITAL ANDALUZA LA FERIA DE GANADOS

drados, se están construyendo más de
inar esta "ciudad mágica" se han tendido
vará más de dos millones de wattios
lámparas de la Feria

cuales flamean las banderas y los galardetes. Y conforme vamos acercándonos, la ilusión crece cautivando a chicos y a grandes con la misma emoción y la misma sensación de optimismo. Por la noche, el resplandor de tantas luces se refleja en el cielo, como se ve en las grandes poblaciones cuando nos vamos acercando a ellas. Y penetrando ya en el recinto, todo parece de ensueño, todo es magia, fantasía, alucinación de colores, bullicio, ruido de todas clases, mezclado con el repiqueteo de las castañuelas y los ayes del cante flamenco. El que ve este espectáculo único por primera vez, se queda absorto, sin saber a qué compararlo, ni encontrar el calificativo apropiado para elogiarlo, ni la frase que refleje la sensación experimentada.

LAS CASETAS

Las casetas son el nervio de la Feria. Porque le dan el carácter, la fisonomía y contienen todo el rumbo y la alegría del especial festejo. Hay algunos que se pasan en ellas los cuatro días con sus noches. "Se mudan" de casa para vivir hasta el más nimio detalle. Allí comen, beben y ríen hasta hartarse. Las fiestas típicas comienzan por la mañana y se suceden hasta la madrugada. Grupos de bellas muchachas ataviadas con sus trajes gitanos, con mantones de talle y peñales con mantillas y claveles por todas partes, bailan ininterrumpidamente las clásicas seguidillas, formando esos cuadros de alegría y colorido que hemos visto tantas veces retratados.

Se hace vida casi campestre, con rito exclusivamente andaluz. Los guisos de las casetas son típicos, inaugurándose siempre en esta época el sabroso y refrescante gazpacho. En las cañas, servidas en unos aparatos castizos llamados cañeros, se bebe el buen vino andaluz con la succulenta tapa, también ininterrumpidamente. Y para el forastero que se acerca siempre hay una mocita garbosa o un muchacho pinturero, con su chaquetilla y sombrero de ala ancha en la mano, que le obsequia con la cañera y le invita a pasar un rato a descansar de las caminatas por el Real. Hasta en esto se refleja la costumbre tradicional andaluza de la hospitalidad y la cortesía extremada con el forastero, al cual sólo se le exige que diga que como Sevilla y su Feria no hay nada. ¡Cuántos quedan prendidos en los flecos de un mantón de Manila para acabar en la Vicería! La gracia fina y honesta de la tierra tiene su mayor exponente en las casetas. Las hay familiares, de grupos de amigos y de Casinos y entidades.

Hace algún tiempo comenzaron a "malearse" las casetas, según gráfica expresión de las gentes de acá, porque quisieron sustituir a la sencilla y cómoda caseta andaluza por instalaciones exóticas recargadas de adornos absurdos. Afortunadamente, la gente reaccionó, porque aquello no era la Feria de Sevilla, y se inició una campaña que las autoridades patrocinaron decididamente después del Glorioso Movimiento Nacional, que ya la Feria es auténticamente sevillana. Ya las casetas no tienen nada que no sea andaluz, ya no hay danzas inverosímiles, ni vestidos raros, ni bailes de esos que se llaman de salón y que más parecen de zahurda, sino mantones bordados, sayas con volantes y colorines, y seguidillas y fandanguillos.

Grupos de individuos amantes de esta Feria, como los de la caseta de "Er 77", "Los mosquitos" y otros, salieron decididamente por los fueros de la costumbre, y ponían multa a todo el que en la caseta tuviera una manifestación que no fuera la típica y castiza. Y así se ha recuperado la Feria de abril a su prístino carácter como tantas cosas españolas se han recuperado para el genio y el sentir de España.

Este año se han instalado unas trescientas casetas. Y han sido tomadas todas por familias y entidades que rivalizan en presentarse con más tipismo y esplendor, para optar a los premios que concede el Ayuntamiento. Precisamente estos premios se crearon para devolver a la Feria su antiguo rango y peculiaridad. Y como en Sevilla la fantasía meridional y el ingenio propio del país son exuberantes, llegan a presentar modelos de casetas realmente admirables.

EL PASEO DE COCHES

Es lo más interesante de las mañanas feriales. El paseo de coches, que se hace por los dos arrecifes principales. El automóvil quitó algo del carácter que tenía este interesante exponente de los carruajes andaluces. Pero va predominando otra vez el coche magníficamente enjaezado. Y esto no por la escasez de la gasolina, porque cuando abundaba el combustible ya iban reapareciendo los coches. Airosos y gallardos, con sus cuatro jacas jerezanas con arcos típicos, tiran de un carruaje con su cocherito que es una lámina de los tiempos antiguos. Y dentro los señores, también con su sombrero de ala ancha y su clavel reventón en la solapa.

Y como matiz destacado del paseo de coches están los caballistas. Es una figura simpatísima en la Feria, y se advierte por todas partes, jinete en brioso caballo, con su guapa moza en la grupa, típicamente ataviado, animando las mañanas tibias de primavera andaluza. De vez en cuando hacen un alto a la puerta de una caseta y vacían dos cañas, como si se pararan en otros tiempos a la puerta de una venta, al correr del camino del pueblo a la cortijada.

Los paseos duran los cuatro días, y aunque por la tarde se ven algunas parejas de caballistas, generalmente es por la mañana cuando se hace la exhibición en busca del premio, que también hay para ellos.

EL GANADO

El origen de la Feria es el mercado de ganados. Es la Feria propiamente dicha, porque para eso se creó. La importancia del feriado de ganados es capital en toda España. Es el primer mercado serio que se celebra en toda la nación, y su importancia económica es tal, que los precios de Sevilla sirven de pauta para los demás. Al feriado de ganados de Sevilla le siguen los de la región, primero, y después, otros. Se instala ahora en el antiguo sector Sur de la Exposición, porque en el Prado de San Sebastián ya no queda sitio.

Se instalan muchas corralizas en una extensión enorme, con pastos para los ganados que concurren. Allí, que es como el extrarradio de la ciudad mágica de la Feria, se vive la vida propia del trato y contrato de la ganadería. Abundan las escenas gitanas, con decires plenos de gracia espontánea de la raza calé. Y los agricultores, que vienen de todas partes a realizar los primeros días lo que se llama tanteos. Del pronóstico que presente el año agrícola dependen los precios y las transacciones. Este año, gracias a Dios, el campo presenta un aspecto lleno de esperanzas por la oportunidad y abundancia de las lluvias, y se espera un mercado de ganados animado.

Ha habido años que han pasado de cien mil las cabezas que han entrado en las corralizas pertenecientes a las distintas especies de mular, caballar, asnal, cabrio, vacuno y cerda. En estos últimos años disminuyó esta cifra por la merma que sufrió la ganadería nacional con motivo de la guerra de Liberación; pero ya se va notando el aumento desde el año de la Victoria.

Los grupos de tratantes forman en torno de las corralizas, y abundan tanto



Un alto en el paseo para tomar una caña de vino andaluz

como los puestos de bebidas y frituras, que es donde se cierran los tratos con unos tragos del vino de la tierra.

Los gitanos forman su república en torno al ganado asnal. Allí se ven escenas que parecen cuentos, pero que son realidad, y cuando los "cañis" intentan vender un rucio esquelético, hay que oír la dialéctica gitana. Y va un sucedido de muestra.

Un gitano llevaba sus burros a la feria. Llevaba uno que era un verdadero peneco. El animal apenas podía andar, y el gitano le empujaba sudando el kilo. Ya harto el "cañi" de tanto luchar con el burro, que apenas daba un paso, se encara con él y le dice: "Mardita sea tu estampa, ladrón; ¡y que tenga yo que hablar bien de ti en el feriado..."

Para pintar lienzos, para llevar al teatro y al cine y para recogerlo en lieros, ofrece el mercado de ganados cuadros a centenares, llenos de colorido, ocurrencias, decires y costumbre. Algunas veces, la Feria se ha prolongado un día y hasta dos. El mercado de ganado no se ha prorrogado nunca. Son cuatro días justos, y al amanecer el quinto, ya el ganado sobrante está camino de otros mercados de la región. Pero en los cuatro días se han manejado en aquellas corralizas, en torno a los arbitrarios puestos de bebidas, muchos miles de duros.

LAS BUÑOLERIAS Y LOS JUGUETES

Un barrio del feriado lo constituyen las casetas de las buñolerías, a cargo de gitanos. Forman sus casetas adornadas como si fueran habitaciones de una casa de vecinos, con sus visillos y colchas y amplios cortinajes blancos. Todo muy limpio, muy blanco. Lo único moreno que hay allí son las gitanas con sus familiares. Esta industria de las buñolerías está casi por entero en manos de la raza calé femenina. Y con esto está hecho la gracia y las explosiones de chistes naturales tienen un gran exponente. Tocadas con sus mantones de talle bordados y sus peñecillos de colores en sus mantas de pelo de azabache, ofrecen su sabrosa mercancía a los viandantes con las mismas ocurrencias graciosas con que suelen ofrecer la buena ventura.

Las gitanas se dan una maña especial para hacer los buñuelos, que confeccionan y frien a la vista del público en grandes peroles. No son los gitanos corrientes y nómadas que vemos con un

tren de burros por esas carreteras o acampados en los extrarradios, sino gitanos que viven en sus barrios de Sevilla dados a sus tareas como ciudadanos corrientes. Pero que tienen la gracia de la raza, que por algo dicen que tienen sangre de reyes.

Y constituyen un cuadro muy importante de animación y colorido en el desenvolvimiento de la Feria. Hay muchos feriantes que por el gusto de oír a las gitanas, pasan gustosos a la caseta a tomarse aunque sea media libra de buñuelos. Y allí sólo hay buñuelos y frases graciosas. Nada más, porque estas casetas gitanas dan lecciones de decencia. Y nada de buenaventuras ni requiebros. Si no a pagar y a la calle.

Otro pequeño barrio de la ciudad de lona lo forman las casetas de juguetes y baratijas. Millares y millares de juguetes que son el tormento de los padres se exhiben en tenderetes a propósito. Es una calle entera dedicada a esto. En un lado está la juguetería y en la otra "acera" los puestos de turrónes y chucherías. Parece mentira que todos los que allí se establecen hagan negocio. Pues así es, porque en la Feria de Sevilla se cruza muchísimo dinero. Los más modestos industriales que pululan son los vendedores de agua, y también hacen su agosto.

LA CALLE DEL INFIERNO

El pueblo, que tiene un gran instinto, bautizó con este nombre tétrico al extramuro de la Feria que está dedicado a la instalación de tíos-vivos y otras diversiones, exhibición de monstruos, cosas raras, laberintos y toda esa gama de instalaciones de recreo y curiosidades que se exhiben en la Feria.

La calle le llamó la calle del Infierno, y con el nombre se ha quedado, porque aquello es un verdadero infierno. Los gritos de los dueños de casetas, las charangas de los circos, los altavoces de los carrouseles, la algarabía en fin que allí se oye, vuelven loco a un pilar. No hay un feriante que no se dé varias vueltas por la calle del Infierno, porque las diversiones son de todas clases y para todos los gustos.

Hubo algunos años que aquello se podía intranstar, no por el piso, sino por ciertas exhibiciones que se hacían a base de frescura. Pero las autoridades sevillanas, desde el primer año del Movimiento, dieron un oportuno cerrojazo, que

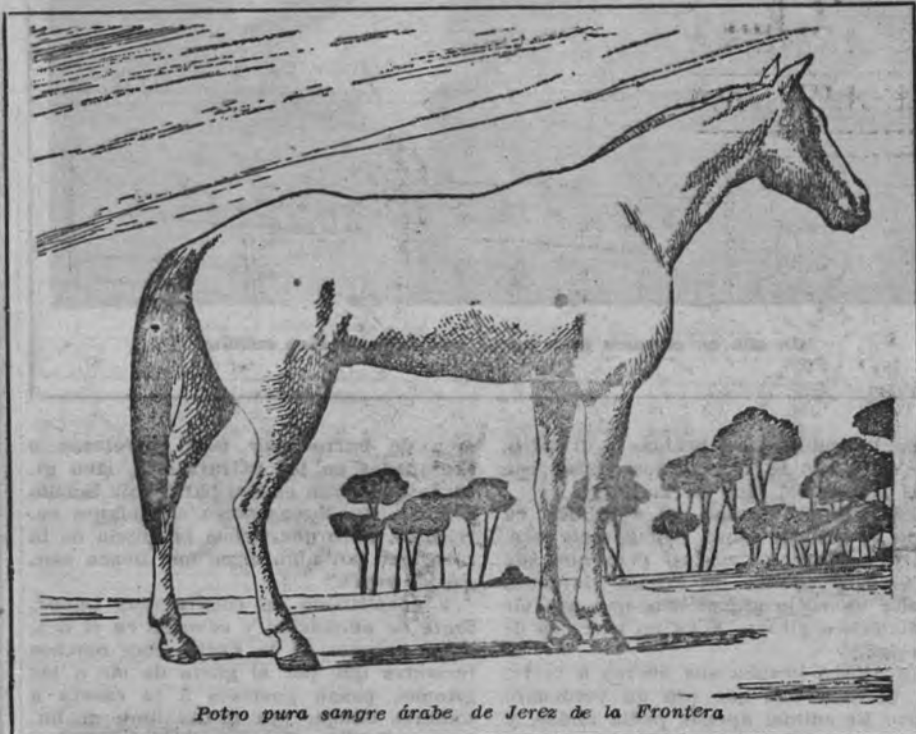
(Continúa en la página 10)



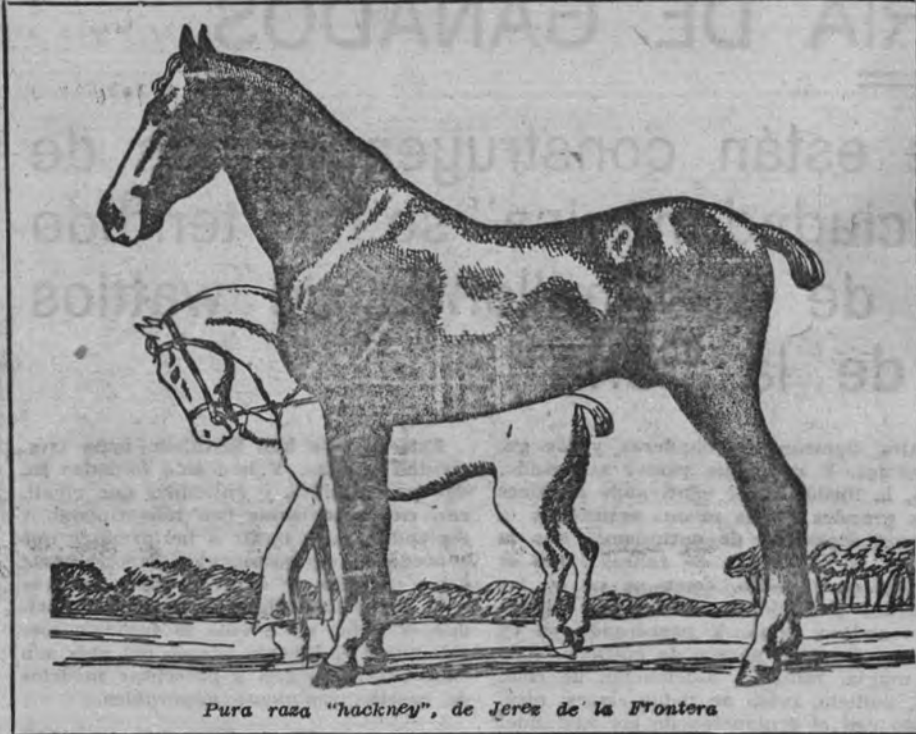
Grupo de gitanas en el feriado de ganados

CABALLOS de ESPAÑA

Por A. DE CASTILLA



Puro sangre árabe, de Jerez de la Frontera



Pura raza "hackney", de Jerez de la Frontera

S llevados por el deseo de trasladarnos imaginativamente a Sevilla—luz, flores, alegría—y nos plantamos en el ideal de su Feria, al evocar el cuadro único, junto a las adornadas casetas y las freidurías, y el olor a jazmín, rosas—¿quién te viera, Parque de María Luisa—, hemos de poner los caballos. Grupos de jinetes que van al paso: sombrero ancho, chaqueta corta; llevando mocitas a la grupa; coches campeiros con llamativas guarniciones y sonar ruidoso de cascabeles; mozos gitanos que se lucen al regir con arte el caballo que, elegantemente, bracea; trenes lujosos arrastrados por magníficos trotadores; bellas amazonas que dejan una estela de admiración y un alboroto de piropos... ¡Feria de abril en Sevilla! Nada más que eso. Y, en Sevilla, dándose tono, presumiendo, postinero y bonito, el caballo; con sangre de esta o la otra parte, pero nacido en Sevilla, en Jerez, en Córdoba: Andalucía, por la gracia de Dios.

Mirando un mapa de caballos—de estadística caballar, para ser más preciso—vemos que entre las diversas provincias que sobresalen en este aspecto ganadero: Coruña, Lugo, Asturias, Navarra, Burgos, Barcelona, Gerona, Valencia, figuran en los primeros lugares Córdoba, Cádiz, y "pisando" a todas, Sevilla. Se explica que hablemos de caballos al "trasladarnos" a la seductora provincia que cria, en un escenario de ensueño, tantos y tan bellos ejemplares.

¡¡Caballos, caballos! No se trata de la pedigrifera frase taurina, sino de una ló-

gica aspiración. Nuestra Patria ha poseído siempre caballos que respondieron a las necesidades y gustos de sus habitantes. Y, en nuestro suelo, se conservaron, "mejorando" razas que fueron y son famosas.

Durante la dominación árabe, el caballo logra en España preponderancia enorme. Especialmente Andalucía, se puebla de bellos caballos orientales, descendientes de aquellos corceles por los que sintió siempre idolatría el pueblo musulmán.

Dicha producción caballar echa en nuestra tierra tan hondas raíces que, a pesar del tiempo pasado desde su florecimiento y de las conmociones de toda suerte ocurridas en la Península, todavía surgen—y surgirán—caballos españoles de hermosa estampa, que ofreciendo la masa propia del medio en que se obtienen, presentan también rasgos, caracteres, de un orientalismo perfecto.

El caballo español es el fruto de los mejores caballos que, procedentes de Asia y Africa, hollaron nuestro suelo, por haberse preferido, con acierto, la sangre oriental a otras infiltraciones: entre ellas, de caballos pesados del centro de Europa. Los buenos caballos españoles no son sino caballos árabes, con alguna más talla y peso, y estos animales dieron prueba, en todo momento, de un temperamento, una energía y un fondo verdaderamente de excepción. Sin aludir a diversas guerras y expediciones dentro de Europa, refiriéndonos sólo a América, baste decir que, extinguido en el Nuevo Mundo el caballo en períodos geológicos anteriores a su descubrimiento, es llevado allí por los españoles. Colón, dándose cuenta de la utilidad y servicios varios que podían prestar estos animales, embarca en su segunda expedición

unos cuantos lotes, que deja en Haití. A éstos siguieron otros, a pesar del esfuerzo enorme que representaba su transporte. Y algunos de ellos, abandonados o extraviados en las Pampas americanas, fueron origen de verdaderas plaras de caballos cimarrones que llegan, casi, hasta nuestros días.

Puede decirse, sin jactancia, que el caballo español ejerció decisiva influencia en la mejora de las ganaderías del mundo entero. Roma, durante la República y el Imperio, tuvo grandes preferencias por nuestros caballos, importando crecido número y haciendo el elogio de sus ventajas afamados escritores de la época. Van a Inglaterra, pedidos por Guillermo el Conquistador y Eduardo II, utilizándose asimismo para la cruz con los famosos caballos de Meklenburgo. Llegan, con igual fin, a Dinamarca, llevados por el marqués de la Romana. Los de Transilvania y limusinos deben su belleza a "los de casa", y los documentados en materia hípica citan al caballo "Soldado", de la Cartuja de Jerez, llevado a Alemania para mejorar los productos de la Yeguada Real de Trakenen. Napoleón I realiza durante el segundo Imperio diferentes importaciones de sementales para transmitir a algunas razas francesas el porte elegante, distinguido de nuestros caballos, y tanto se aprecia, en su ritmo y cadencioso andar, que los allí producidos se educaban para que adquiriesen el llamado "paso español".

Larga es la lista de referencias elogiosas. Salomón de Broue, caballero de Enrique el Grande y discípulo del notable hipólogo D. Juan Pignatelli, dice: "Entre todos los caballos, coloco en el primer rango al caballo español y le considero como el más hermoso, el más noble, el más valiente y el más digno de que lo

monte un gran Rey. Comparado con otros que son, naturalmente, grandes corredores, es el español el que corre más, con más vigor y arte, y el que para mejor sobre sus piernas." El duque de Newcastle, de rancia nobleza inglesa, ayo de Carlos II y muy competente en equitación, escribe, entre otras, muchas frases que sentimos no poder transcribir completas: "De todos los caballos del mundo, sea cual fuere el clima, los de España son los más estimados, porque sus cualidades sobrepasan todo lo que pueda uno imaginar."

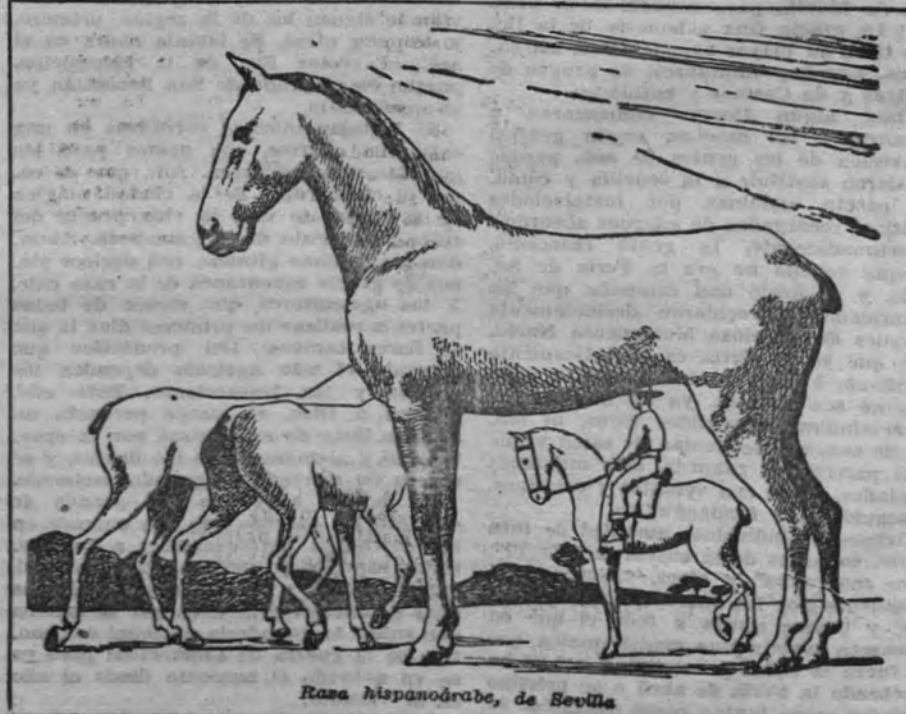
Y no resistimos al deseo de dar, extractándole, el juicio del alemán barón de Elsenberg, que demuestra en su estudio del caballo español, perfectamente descrito, su exacto conocimiento del mismo. Son sus palabras: "La experiencia ha dado sobradamente a conocer que el caballo español es, sin contradicción, el más perfecto, no sólo con respecto a su figura, que es hermosísima, sino en atención a sus cualidades, pues es dispuesto, vigoroso y tan dócil que, cuando se le enseña con conocimiento y paciencia, lo comprende todo y lo ejecuta con exactitud."

"En orden a su belleza—sigue diciendo—, tiene la cabeza ligera, menuda, descarnada, sin grandes quijadas; las orejas, pequeñas y muy bien colocadas; ojos grandes y vivos; los ollares bien hendidos, para respirar fácilmente; el cuello, flexible y levantado; la crin, fina; el pecho, ancho; las espaldas, libres; los brazos, perfectamente conformados. Su cuerpo es el más hermoso que puede verse; su lomo parece hecho expresamente para la silla, porque tiene la cruz muy alta y las espaldas muy descarnadas. Posee excelentes riñones, grupa redonda, cola bien pa-

(Continúa en la página 19)



Raza española, de Don Benito (Badajoz)



Raza hispanoárabe, de Sevilla

FIN DE SIGLO EN LA FERIA DE SEVILLA

Por NICOLAS DE ARMUÑA



DESPUES de los exámenes, vencido el tiempo disciplinado del curso, me gustaba pasear hacia la Fuencisla con el profesor de Matemáticas. Era un vejete sevillano que había conservado de su juventud el ceceo, el reproche hacia los que no habíamos nacido más abajo del paralelo de Ciudad Real y el recuerdo de sus debilidades báquicas en las casetas de la Feria de Sevilla. Don Raimundo, por este trasiego vejatorio de las oposiciones, había llegado hacia treinta y cinco años al Instituto de Segovia, y seguían pesándole sobre los lomos las grises piedras del Acueducto como si fuera un esclavo romano que las acarreará.

—¿Y usted—me preguntaba—, lleno de juventud, podrá resignarse toda la vida a este paisaje sin sol y sin alegría?

A mi gris horizonte de segundón en la cátedra, le imponía el criterio del vetusto titular. En realidad, he sido siempre un español que no ha cultivado en el reducido campo de sus apetencias el regusto por el sol y el cielo azul. En el fondo, me siento tan satisfecho cuando el hielo me hace andar a tropezones sobre los guijarros de Segovia, como cuando el sol de agosto se bebe todo el agua del Eresma y funde a las tierras de Ausín, Santa María de Nieva y Zamarramala... Don Raimundo quería a toda costa que unas vacaciones me llevaran hacia los horizontes donde el olivo y el naranjo aprietan dionisiacamente la vida; donde el fervor de las mujeres se alza barroicamente entre blondas y carey, y allá donde el viento no trae estas sequedades hostiles y casi insultantes del parduzco perfil de la Mujer Muerta. Abril empuja demasiado a la reducida ciencia matemática, a disposición de los bachilleres, y el curso galopa vertiginosamente hacia el final. No he podido ir nunca a Sevilla. La primavera excita el asma implacable—“esta mardita niebla, Lorete!”—de D. Raimundo y el binomio de Newton y las ecuaciones de segundo grado reclaman mi erudita reserva todas las mañanas, en las que ya entra mayo estremecido y feliz por las ventanas. Me voy haciendo viejo y tranquilo en esta empinada y silenciosa balconada de Castilla, y sólo van quedando en mi ilusión dos pequeñas apetencias: la jubilación de D. Raimundo y el viaje a Sevilla.

—Usted no puede darse idea, Lorente—decía una tarde y otra D. Raimundo (yo me siento relevado de la fijación escrita de su ceceo)—. La Feria de Se-

villa no puede ser comparada con ninguna de las limitadísimas fiestas populares de esta Castilla tan desangelada...

A mí, que se me han aparecido siempre ángeles detrás de cada espiga o de cada canchal de Castilla, no me parecía justa la afirmación de D. Raimundo. Le quiero mucho, porque es un excepcional caballero—doblemente por sevillano—, y además, conviene enterarse de cómo era la Feria de Sevilla a finales del pasado siglo. D. Raimundo no ha vuelto a Sevilla desde el año 1905; pero la llora todos los abries con una primavera nostálgica tan juvenil, que me pone en vilo los nervios y me alborota en el encerrado de clase las rígidas filas de las ecuaciones. Acaso iré cualquier día, pero ya tendré ganas, y los informes de don Raimundo se juntarán con la piadosa oración en que envolveré su recuerdo.

No puede usted figurarse lo que era el Prado de San Sebastián bajo la alegría sin par de la Feria. Ahora me dicen que los tratos en torno al ganado se llevan con una escrupulosidad de leguleyo. Transacciones con letras de cambio, cartas de crédito y toda la papelería reintegrada... Es como si cada cercado se convirtiera en las ventanillas de un Banco. No es eso, no es eso... En mi tiempo, los gitanos eran héroes de toda una Iliada de embusterías. Yo estudié con el señor García Blanco y me aseguré que la palabra gitano viene de “gittigiteo”, que quiere decir “hombre que se ocupa en el tráfico de las bestias”.

Estoy hecho ya a estos atracos culturanos con que me sorprende—camino de la Fuencisla—el reiterado magisterio de D. Raimundo. Le escucho siempre con la condescendencia absoluta de mi timidez. Sostiene D. Raimundo que esas ingenuidades de “financieros y negociantes” en un mercado típicamente gitaneril ha quitado sabor y alegría a la Feria.

—Yo sé de sobra que aquellos traficantes de mi tiempo—1883 y siguientes—tenían mucho que hablar a la hora de justificar la procedencia de sus productos. ¿Pero y la gracia, Lorente? ¿Es que no cuenta? Muchos jacos que yo he visto regatear habían sido cogidos “santamente” junto a dehesas y cercados... pero aquellos tratos... En un rincón veía usted ponderar la edad del alazán; en otro se obligaba a “velar” a un desdichado jamelgo, logrando introducirle unas agujas en las orejas; más allá, un penco deplorable sentía la lumbrera del cigarro arrimarse a las ancas, y el jaco arrancaba a trote corto, entre sonrisas satisfechas de la gitanería. Yo he visto a un gitano tratando de convencer a un

inglés de que su caballo “relinchaba todas las mañanas al salir el sol, como el caballo de Dario”. No sé dónde aquel “malage” habría atrapado el similitud, pero lo cierto es que lo del relincho hacia prorrumpir a cualquiera de los “calés” próximos en exclamaciones: “Sen que son sibela—pañi o seblandiñi sosterela”...

Don Raimundo me dejó alelado.

—Ya sabe usted que en caló eso quiere decir: “Cuando el río suena, agua lleva”.

—No lo sabía, D. Raimundo, y usted disculpe.

Segue relatando su tiempo uno y otro día de verano. Amo a Sevilla cada tarde un poquito más, y cada verano termina en mi alma con la ilusión insatisfecha de esa Feria que no ha llegado nunca y que se me va marchitando intacta en el deseo.



—Yo cogí ya el tiempo de esos bailes que hoy privan a esta juventud. A las seguidillas, sevillanas y fandangos comenzaba a ir las haciendo un poco el vacío la gente joven. Se bailaban ya el “vals” y la “redowa”.

—¿La “redowa”?

—Sí, lo mismo

que ahora—continúa, implacable don Raimundo—. Pero lo que tenía tonalidades inexpresables para mí era el espectáculo nocturno de las buñoleras. Con la sartén, el anafe y el esqueleto de la tienda, una gitana hacía milagros de protección y de iluminación. Los amigos del “peñascor” —“aguardiente”, aclaraba rápidamente D. Raimundo—se agrupaban en torno a la luz de las candilejas, a la brasa roja del anafe y la penumbra de las tiendas. En medio de esta mezcolanza, se recortaban los vestidos claros de las mujeres...

Se pierde mi querido maestro en sus recuerdos; relamida y feliz la retórica de su tiempo me acosa sin dejarme respirar. Aparece en sus frases el buñuelo como surgiría el relato espectral sobre el cometa Halley:

—El buñuelo era la materia radiante, la potencia transformadora del calor... La Tierra debió ser un gigante buñuelo de gran masa, antes de que la echasen en la sartén del espacio y la colocaran sobre el Sol.

—¿Por el amor de Dios, D. Raimundo...!

Segue y sigue. Chistes y frases sensacionales, pronunciadas por aquel amigo suyo junto al oído de una mujer de troño, y otras cosas.

—Una vez, mi padre compró un caballo en el Prado de San Sebastián, y recuerdo que una gitana le dijo, mirando al jamelgo: “¡Dios quiera que se le ten-

ga el jopo hasta que saiga de la Feria!”. Pero, desde luego, la Feria más brillante que recuerdo fue la de 1899.

—¿La de 1899...!

Hacia el camino polvoriento de Zamarramala va cayendo el sol y nos quedamos un instante silenciosos. Yo pienso en el brillo de aquella Feria refulgente frente al ocaso transatlántico de España. D. Raimundo sabe también mucho de eso.

—Yo me divertí poco aquel año. Mi padre, ya lo he contado alguna vez, murió en Cuba, y estábamos en casa, como es natural, de luto riguroso. Le enseñaré a usted el relato de aquella grandiosa Feria hecha en un periódico de entonces.

Al día siguiente ha sacado del bolsillo de su chaqueta un papelote amarillento y ha leído unos párrafos con voz temblorosa y con los ojillos viejos bailándole con picardía ensoñadora: “La calle de San Fernando luce este año una iluminación de bombas de cristal opaco, formando arcadas que semejan miriadas de estrellas; se ve de bote en bote todas las noches; entre tanta luz, las sevillanas lucen como diosas indias; sus orejas y sus dedos semejan como luciérnagas de brillantes; de sus hombros penden esas prendas fastuosas bordadas con vistosas flores, que les hace parecer “fatas morganas”, o sea esos jardines fantásticos y móviles que los navegantes creen ver en la desembocadura del Bósforo.”

“Lo más importante, sin embargo, es el arte de Meyerbeer y de Gounod. Tenemos aquí, en el Coliseo, a la favorita Emma Nevada. También se hallan aquí Roberto Stagno y Uetam. El teatro San Fernando se ha quedado un poco antiguo; es un señor de raza al que no le cortan bien la ropa; conserva su gran lucerna con hilos de cuentas de cristal, sus butacas de rejilla y sus telones del tiempo de la Teodora y de la Penco; lo que hay que ver no es el teatro, sino el público que lo ocupa estas noches de Feria de fin de siglo, remembranzas del Real, “las bellas creaturas blanco vestidas”, que dijo Dante.”

Don Raimundo, bajo su infinita bondad, guarda cada verano, a la hora del paseo, esa sutil crueldad de sus relatos. Así me voy envejeciendo en esta desparrada y angélica ciudad: con el sueño de esa Feria rutilante que adoro cada primavera un poco más y dejo agostar en la ilusión a lo largo de cada implacable canícula segoviana, bajo la implacable nostalgia de mi buen amigo.

ALMACEN DE PAÑOS Y NOVEDADES
SUCESORES DE FEDERICO TEJADOR

GENERAL MOLA, 3
VALLADOLID

SOBRINO DE JORGE SAEZ
ALMACEN DE FERRETERIA

SANTIAGO, 27
VALLADOLID

IGUAL Y DISTINTO

Por JULIO FUERTES

DE las ferias primaverales andaluzas se podría decir lo que de las mujeres dijo un poeta modernista: "Todas son diferentes y todas son lo mismo"... Un mismo cielo añil en el día y un idéntico cielo negro en la noche, las cubre entre perfumes y armoniosos sonidos. Colores, gracia, belleza... Todo igual y distinto, según se trate de Jerez, Andújar, Jaén, Sevilla...

"¡Y Sevilla!"

Sevilla es la capital andaluza—que no es poco—, aunque pudo ser, acaso debió ser, capital del Imperio. Sigue siendo, pues, al menos, capital andaluza y por derecho propio, por jerarquía indefinible... Y su Feria, tan famosa, puede ser modelo de todas las ferias de la alta y de la baja Andalucía.

Una vez, en un intento de captar todo el ambiente encantador y difícil de la Feria sevillana, pretendimos dividirla en tres etapas que correspondían exactamente a tres momentos del día natural, que encierra la mañana, la tarde y la noche. Estas tres etapas, estos tres momentos, mejor, que son un día de Feria como cualquier otro día, tienen en Sevilla, y por ende en todas las ciudades andaluzas con Feria, tres distintos aspectos.

Los clasificamos, intentamos definirlos, mejor, con toda la precisión que nos fué posible, pretendiendo sustraernos al influjo inevitable de cada hora, distinta a la anterior, y, sin embargo, igual. Igual en la sugerencia, en la atracción, en la emoción, tal vez. No sabríamos precisar exactamente en qué.

Cuando un color se nos iba, un acento nos cautivaba, y, al marcharse, un ritmo nos recuperaba. Luz, color—que es lo mismo—, copla, danza—que es igual—, por lo menos en el acento, en el ritmo, en una línea melódica sutil y entrañable que ata el corazón con el pensamiento en una sugestión indefinible.

La división en tres momentos, de mañana, tarde y noche—porque cada uno era distinto en su afán—, estaba unida por una permanencia: el baile.

A unas horas se canta, a otras se pasea, a otras se charla y se bebe manzanilla, y a todas se baila. Se baila de la mañana a la noche, con un breve paréntesis de tres horas, en las que la Feria duerme levemente, sin apenas cerrar los ojos. En las diversas casetas, el tablador de los bailarines está siempre ocupado. A una hora es simplemente una pareja de aficionados es-

pontáneos; a otra hora, un grupo aleccionado realiza el programa central del día, y a otra, aquella y éste y acaso otros que llegan, entremezclados terminan febrilmente, apoteósicamente la jornada.

Dentro y fuera de las casetas, centenares de espectadores contemplan absortos las danzas. Los ojos de todos se reconcentran, no en los pies, como de un modo elemental pudiera suponerse; tampoco en los cuerpos cimbreados, como torcidas mentes pensarían, sino en los rostros.

Los rostros de los bailarines, de las bailarinas, son realmente los que bailan. El ritmo, el acento, el repiqueo de las castañuelas y el movimiento acompasado tienen su reflejo más fiel en los rostros. Tanto, tanto, que sólo mirándolos se adivina si los pies a que corresponden marcaron justamente los compases de la danza y si los cuerpos se ondularon al ritmo de la música.

Un maestro de maestros de baile, Manuel del Real, conocido, no ya en Sevilla

y en España, sino en el mundo del turismo, por "Realito", nos explicaba un día esta realidad que comprendimos con la experiencia: "El baile—nos decía—no es de pies, sino de cintura para arriba. Fijese bien en estos espectadores que entienden de baile, aunque no sepan bailar. Ellos miran más alto, mucho más alto del suelo. Los pies y las manos con taconeos y golpes de palillo o de pitos, son la música; el movimiento del cuerpo es la danza; pero la expresión del rostro es el sentido y el sentimiento del baile. Sólo mirando la cara del bailarín puede distinguir un maestro si lo que baila está bien bailado."

La sugestión del baile en los visitantes y espectadores de la Feria—que no es lo mismo—, es por sí sola un espectáculo impar para el observador atento de las humanas emociones. Mirando bien, con todos los ojos, los del alma y los del espíritu, exaltando la teoría del maestro "Realito", no se tardaría en llegar al convencimiento de que para saber si se bailaba bien sólo

era preciso mirar al público, a ese público que se apiña frente a cada caseta, sin renovarse apenas, pendiente de los movimientos que dentro de aquella realizan los bailarines. Ellos, en sus rostros, denotan tan fielmente la calidad de la danza, que resulta casi inútil para la emoción mirar las figuras que se entrecruzan sobre el tablador. Basta el ritmo musical de las guitarras, taconeos y palillos—deleites del oído—para completar la total emoción del baile en la Feria...

En las Ferias, mejor. Es igual que sea en la de Sevilla o en la de Andújar, o en la de Jerez... Todas son diferentes y todas son lo mismo. Un idéntico cielo—añil en el día, negro en la noche—las cubre; un mismo perfume las envuelve. Y la línea rítmica y melódica del baile las ensarta como a una misma igual y diferente, como las mujeres del poeta modernista.

Y con este hilo encantador que ensarta las Ferias, se trenzan por igual la alegría y el rumbo. La alegría innata—sobre y bajo el suelo y el cielo—, la exaltan los vinos, también iguales y distintos, de Jerez o Sanlúcar a Málaga o Jaén. Esos vinos que se beben, lenta y gustosamente, en breves y estilizadas cañas de tallado vidrio, y casi mejor que beber se aspiran en su penetrante perfume. Y el rumbo—también innato sobre y bajo el suelo y el cielo andaluzes—de una raza que supo vivir frugalmente mientras en sus tierras se amontonaba todo el oro de las Indias. De una raza que supo sufrir y morir cuando en aquellos días primeros de la Cruzada hacía coplas así:

Desde Marruecos a Cai,
en dos canoas,
trajo doscientos moros
un Figueroa.
Un Figueroa, niña,
un Figueroa.
Desde Marruecos a Cai,
en dos canoas.

Y como ésta, mil más, con cualquier pretexto o con todos los pretextos innumerables que pudieron ser pie de copla para el hondo canto de los andaluzes, para ese canto que se convierte en línea melódica del baile, de ese baile que une la primera hora de la Feria con la última, y a una Feria con otra. De ese motivo permanente de todas las Ferias, tan iguales y tan distintas como las mujeres del poeta modernista.

(Dibujo de López Reiz)



Caballos de España FERIA DE ABRIL EN SEVILLA

(Viene de la página 8)

blada de cerdas y, de tal manera nacida, que al moverse la lleva en arco, lo que le añade mucha gracia. La Naturaleza parece haberse complacido en criarlo para el jinete más exigente. No hay otro que le iguale en fuego y en valentía."

Está demás, tras estas palabras que tienen el alto valor de ser ajenas, la descripción morfológica, detallada con lujo de datos biométricos, del caballo español. Por eso indultamos al lector de las aludidas referencias; de conocer, si ya no las sabe, las diversidades que ofrece su capa y color—predominan los tordos rodados, los negros y los castaños—, y de otras muchas cosas indudablemente interesantes.

Con los comienzos del siglo XIX coincide un período de desorientación en la mejora de nuestros caballos. Se pretenden que razas de silla actúen como razas de lujo, y se consuman desaciertos que afectan también a la importación y empleo de sementales. Al cabo, se impone la cordura, contribuyendo no poco a ello los servicios oficiales del Estado: Oría Caballar y Remonta, y la Asociación General de Ganaderos, fijándose para unificar y mejorar la producción caballar de silla, las razas árabe, española, inglesa y angloárabe, y para tiro, los caballos bretones, semipesados y ligeros, y los ardaneses.

Es de sentir que falte espacio para hablar de algunos caballos. Del caballo árabe en primer término, cuyo resurgir.

miento en España se debe en gran parte al ministerio del Ejército, que importó notables ejemplares y creó Yeguas, cuidadosamente atendidas. Por tal esfuerzo, figuramos hoy entre las naciones que producen más y mejores caballos de esta raza. Los árabes españoles, sin perder en nada las características y belleza de origen, alcanzan en general más talla, robustez y precocidad. Con los hispanoárabes, que en realidad más que mestizos son árabes, de mayor alzada y peso, constituyen los caballos de silla por excelencia. Tienen masa, nobleza, temperamento, inteligencia; cuanto pueda desear un jinete! Los hispanoárabes, como caballos de campo y de paseo, y para menesteres guerreros, resultan superiores a todos.

En caballos de tiro, España no tuvo, puede decirse, ganado de tipo propio. Salvo zonas muy reducidas donde fué producto natural, como el Ampurdán y la Cardena, en los demás casos se importó y cruzó con yeguas del país. Las regiones productoras de caballos de tiro: las Planas de Vich y del Vallés, algo de la Plana de Urgel y Prat de Llobregat, parte de Lérida y de la ribera del Ebro, vegas del Pisuerga, Burguete en Navarra, huertas de Orihuela y de Valencia, se hallan en este caso. Sementales percherones y bretones ayudaron a conseguir el caballo de tiro ligero que demandaba la Artillería y otros de razas diversas: holandesas, ardanesas, etc., figuraron en las diversas paradas oficiales y particulares.

Las actuales tendencias se inclinan, para

(Viene de la página central)

fué muy aplaudido por la ciudad entera, y limpiaron el "Infierno" de cosas molestas para hacerlo asequible a todos los sexos y a todas las edades.

Ya está casi terminada la instalación de toda esta ciudad maravillosa para este año. De día y de noche se ven a cientos de personas trabajando y dando los últimos retoques. Sólo quedan los adornos, que estarán terminados para el día 17 por la noche, que es la prueba oficial del alumbrado. Es una ciudad de la alegría que tiene hasta su ensayo general.

La Feria empieza siempre el día 18 y dura cuatro días. Únicamente cuando la Semana Santa cae muy alta, la Feria se aplaza unos días. Así ocurrirá, por ejemplo, el próximo año de 1943. Y lo

estos menesteres de tiro, al caballo breton, que sintetiza la masa, energía, robustez, docilidad y peso. Un gran caballo para labores agrícolas y transportes, en especial en zonas de regadío.

Pero, dejemos de escribir de caballos y volvamos con el pensamiento a Sevilla, a su Feria. Que acaso allí veamos, acaparrando como siempre la admiración y los aplausos del público, algún tronco de esos estupendos trotadores de la raza y cruzada Hackney, creados para la ostentación y el lujo. Animales maravillosos, espléndidos, que por su belleza, gallardía, agilidad y elevaciones, son sencillamente un asombro, que honra a sus criadores en España.

A. DE CASTILLA

último que se arregla es el suelo. Todo el Real tiene un suelo especial; es una tierra de albero, amarillenta, que semeja un gran tapiz y ofrece un bello contraste en la gama de colores de la colosal instalación. Y con la particularidad que si llueve no se produce barro.

FIESTA DE PRIMAVERA

Todo lo que Sevilla celebra en este tiempo es la fiesta de la Primavera, que es la estación propia de la gran capital de Andalucía. Y todo es en torno de la Semana Santa, fiesta religiosa por esencia. Y la Feria es la cumbre de los festejos profanos, pero honestos.

Alrededor de esto funcionan otros festejos, como es la temporada de Ópera, que ya se ha abierto, con gran éxito, en el hermosísimo teatro municipal de Lope de Vega, construido para la Exposición. Debutó la compañía traída por el doctor Sarobe con "Aida", y terminará con el estreno en España de la gran obra de Puccini, "Turandot", con cantantes de fama, como Filipeschi, Merli, Fernanda Basile, la japonesa Toshiko Hasegawa y otros.

También hay carreras de caballos del reciente Club Pineda, tiro de pichón y fiestas camperas con acoso y derribo de reses, para terminar el ciclo de fiestas primaverales con la tradicional y famosa romería del Rocío, donde también se rinde culto a la costumbre viviendo dos días en la aldea del Rocío con homenajes de sincero amor mariano a la Blanca Paloma.

Ramón RPSA

FERIA EN JEREZ

Por CESAR CRESPO

CUANDO la mañana, bañada de sol, resplandece como un blanco farol colgado del hilo azul del cielo, empieza esta Feria de Jerez, entre murmullos de risas y revuelo de faldas de lunares.

¡Feria de Jerez! Aquí se colma de figura y gracia la expresión andaluza en toda su pureza y alegría. La ciudad, que durante todo el año vive dentro de su elegante severidad, recogida entre oro y luces del más fino colorido, hace brotar su torrente de encendidas ansias y refulge de amor y de misterio. Jerez sueña con el mar, porque es una novia que conoce a través del viento y nunca la ve, y sólo la besa empujándose sobre el oro de su vino y dando sus labios al aire salado que cruza por las blancas azoteas. Jerez vive su sueño entre el mar y el aire, reposando sobre las puras almohadas de la nítida cal, mitad jazmín, mitad nostalgias. Porque la ciudad, vieja y sobria, honda y pura, da sólo silencio en las palabras, y por eso cuando quiere expresarse canta, y su canto es el más puro, el que sólo oyen los faraones, que cambian la vida por una copla y la sangre por un sueño.

Tal vez la Feria de Jerez sea la más pura. Andalucía, rica en generosidad, despreocupada en sus tratos, alegre en su comercio, despreocupada noblemente en la llamada "seriedad comercial", tiene miles de ejemplos que sacar para esa alegre y honesta visión del vivir. Pero Jerez se levanta entre todas, limpia de graves preocupaciones, clara en sus cometidos, y resplandece en la Feria en todo su esplendor vivísimo de especulaciones alegres. No se trata de ganar; se trata de ser amigos. No se trata de vender; se trata de hacer un favor. No se trata de discutir; se trata... de pasar el rato y de cantar lo que se vende, y de beber sobre lo que se ofrece, y de soñar, entre copa y copa, amores pasados y gracias presentes. Si Jerez es luz, más luz pone dentro de su alma el jerezano, que desconoce la sombra, y sólo blanco y azul, azul puro y limpio, ve desde que nace sobre su casa y sobre sus ojos.

Y bajo este palio de naturaleza y de espíritu aparece la Feria. Casetas multicolores, banderas y farolillos, luces y guirnaldas cobijan y cuidan y miman los ojos de las muchachas que, vestidas de gitana, lucen su belleza a la grupa de esos caballos que campanean su ardor y su espuma pisando al compás de ritmos anti-



Vista general

guos el dorado albero, alfombra mágica de los paseos andaluces.

Después del paseo, la caseta, el vino, el canto, el baile. "Las sevillanas", ese baile que echa brazos al cielo y hace recoger la falda como si diera una verónica al viento, se oyen y se reflejan en el espejo del aire, que hacen más espeso las rítmicas palmas y acompasado "jaleo" del mirón y del entusiasta. Alegría y luz; novias que nacen a la vida en estas dulces mañanas, quizás porque el requiebro escondido no se incubió hasta que llegó el calor de este día. Y mientras tanto, la luz, el oro, las flores, caen en amor y en dicha, con soberana elegancia y encendida majestad. Raíces viejas salen de la tierra para que los siglos renazcan a la vista de todos.

Por la calle de en medio, con riberas de casetas y toldos de flores y farolillos, pasa la vida. Aquí está la luz—que también aquí tiene sus mejores bodegas—, que ofrece copas de oro a los corazones desprendidos. Rumbo y sol. Ríos del mejor

vino, de la única solera, que desembocan en el mar para alegrar sus tempestades. Y el centro, el baile, y más allá el trato de aquel gitano de patillas largas que con la vara en la mano da su caballería después de haber convidado al descreído comprador con más de lo que éste va a darle por la venta.

Así, pues, a caballo del mundo transcurre la feria. Aquí y allá se habla de vida. Y por encima de la misma vida las manos se estrechan, la amistad se funde y el cielo ríe y nadie llora más que para sentir la alegría profunda de la tierra. ¡Cuánto amor, cuánta dicha sobre tanta luz y tantas flores! El amor pasa entre las riberas de toldos multicolores. Y cuando el sol cae, un nuevo sol se enciende en la noche, en esa blanca iluminación, sorprendente y alucinadora. Una copla la enciende:

Caminito de Caí...

Camino de Cádiz, camino del mar, entre cal y palmeras, sueña todo el litoral más azul de la tierra con este polo de Jerez, que es ahora faro de mar y de cielo para los marineros y para los ángeles... Y así un ángel es esta muchacha que baila, y un ángel de clavel es ese gitano que murmura desde lo más profundo de su corazón sueños de muchos siglos y ventas que nunca se hicieron, porque su corazón nació para darse, y no para venderse por oro ni por palabras.

Un día y otro. Una cadena de vuelos y de bailes y una sonrisa como una cadena que aprisiona con luz y blancura al recinto del ferial.

¡Feria de Jerez! Sol y corazones encendidos. Ardientes jinetes galopan para conquistar los más puros cielos. Y una jerezana recorta un farol en falda de lunares a la inmensa embestida del viento, que, celoso de auroras, rompe la luz y los cielos para entrar más gallardo en el real encendido, que sólo da citas al que ofrece y trata para poder tan sólo cantar...

Tu aportación, jugando en el sorteo de 11 de mayo, merecerá el reconocimiento de la Patria y puede suponer tu bienestar económico permanente.



SI REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"
LARRA, 8
Teléfono 32610

Gran Hotel Victoria
Plaza del Angel, 8
- MADRID -

HOTEL ANDALUCIA PALACE



El Hotel Andalucía, estilo suntuoso, dentro de la norma clásica de la arquitectura y la decoración sevillanas, representa en la incomparable ciudad del Betis el modelo del hotel europeo, en el marco perdurable del más refinado costumbrismo andaluz

Emeterio Guerra, S. A.

— INDUSTRIAS ELECTRO-HARINERAS —
"CASTELLANA"
FABRICA DE HARINAS Y ELECTRICIDAD

OFICINAS VALLADOLID
BAMAZO, 15 (Hotel)



ABRIL EN SEVILLA

Por JOAQUIN JUSTE



Amigo, que novia tengo,
en el aire de Sevilla.
(Joaquín Romero Murube).

HAY ciudades célebres porque tienen una bella catedral o jardines deliciosos o palacios ilustres. Sevilla tiene todas esas cosas, pero ninguna de ellas es suficientemente etérea para darnos la clave de su espíritu sutilísimo. Sevilla es una de las poblaciones más difíciles de España y del mundo, porque está cargada de una historia variada y discordante que ha ido dejando estratificado su paso en capas limitadas y porque posee una ancianidad venerable en la que no hay parentesis infecundos o inexpresivos. Por todo ello, la ciudad se presenta siempre ante el escritor como un problema nunca descifrado anteriormente y que requiere urgente solución. Cualquier espíritu sensible percibe en seguida que la interpretación de Sevilla tiene matices innumerables: superficiales unos, profundos e inaccesibles los otros, pero que todos originan un delicioso prurito aclaratorio. Gracias a esta infinita serie de facetas ha podido resistir Sevilla las negras oleadas de tinta que se han estrellado contra sus líneas ágiles y graciosas sin que quedase maculada su belleza.

El secreto de esta ciudad hay que buscarlo en su aire, siempre igual y siempre distinto, en esa ligera brisa que se mete burlesca a través del cabello de las mujeres. Es un airecillo vario y fiel a sí mismo que tiene la virtud de traer en sus alas los efluvios que cada uno de nosotros desea. Trae amor para el amante y arqueología para el erudito, sutiles aromas de solera para el catador y una alegría taurina para el viajero superficial que viene ansioso de pandere-ta. El verso de Romero Murube es profundamente cierto: el aire de Sevilla es una novia mágica que se ofrece a cada uno de sus adoradores en la forma en que éstos pueden amarla con más intensidad.

Esto no hay que tomarlo como maravilla o embrujo. Es simplemente experiencia. El aura hispalense es de las más viejas y sabias del mundo. Cuando el resto de los españoles andaban aún sabiendo literalmente a los árboles, y en Grecia, Baco, asustaba aún a las ninfas con sus carecujadas jocundas, ya los sevillanos de Tróades gozaban de la gloria de su vida humana, de sus bárbaros adornos argénteos que venían a buscar del otro confín del mundo las barcas fenicias. En torno a Sevilla crecen y alcanzan fama la

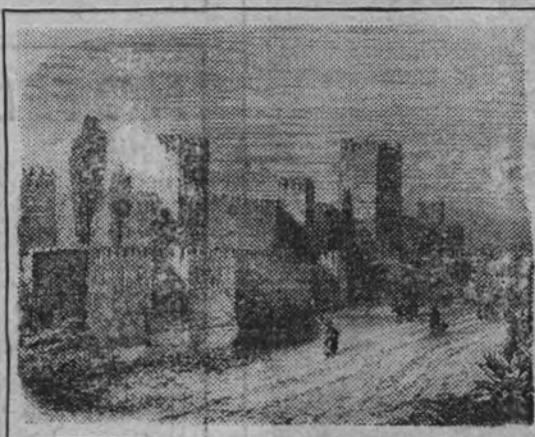
vid y el olivo, de los que salen vino y aceite, dos símbolos sagrados de la cultura grecorromana y mediterránea. Después son Trajano el restaurador y Adriano el viajero y Marco Aurelio el estoico, que era descendiente de sevillanos; y más tarde San Isidoro, con sus barbas floridas y el mamotreto de sus inmensas "Etimologías", y el dulce Almotamid, poeta maravilloso y gobernante pésimo, y San Fernando y Pedro el Cruel, y la Casa de Contratación y Murillo, y la francesada y el ruído ibérico decimonónico, con sus príncipes de la sangre matándose en duelo, y Sanjurjo y los moros llegando en avión. Toda la Historia de España está en ese aire glorioso y añejo, que saca fuerzas de su ancianidad y de su experiencia para emborracharnos fulminantemente con su ligereza, como nos fulmina con su pesadez de brea el más viejo vino de la más encopetada bodega.

De su protección facultad nace toda la gracia de Sevilla. El se adapta a cada circunstancia, y a cada momento, sirve de marco a los acontecimientos, es el barniz que da brillo y prestigio a las cosas, a los hombres y a los hechos. Cuando los sevillanos quieren dar el dó de pecho en las circunstancias solemnes, est. otro servicial y sumiso a las necesidades locales saca también sus mejores perfumes y sus más frescos encantos para dar el toque divino a la solemnidad que se aguarda. Durante la Semana Santa se está calmo de día para no correr el riesgo de torcer peñas y mantillas y producir con ello un mohín de disgusto en las deambulantefes penitentes; por la noche se apelmaza y aterciopela para absorber los ruidos profanos y servir de blando tapiz al transcurrir tembloroso de las imágenes. Cuando llega la Feria...

Pero la Feria es cosa aparte, y por ello hay que interpretar también con cuidado y respeto el aire de abril que la envuelve. Todo el que quiera referirse al abril sevillano y sienta tentaciones de hacer literatura a base de una mezcla sofisticada de los dos elementos, abril y primavera,

no sabe por dónde se anda. Esa yunta poética podrá ser cierta en Medina del Campo o en la Turena o en la Selva Negra, pero, desde luego, no en Sevilla, ni en general en Andalucía, donde hay rosas en enero y donde los ingleses, cuando los había, pedían el pay-pay, con la mayor urgencia, en los últimos días de marzo. Los encantos del abril sevillano y los de su aire correspondiente no son primaverales ni tienen que ver nada con la Naturalza, sino con el espíritu. En el mejor de los casos podría hablarse de una primavera humana que viene retrasada en relación con la primavera vegetal.

El hecho de que en abril haya una Feria de ganados y abundantes corridas de toros ha impulsado a numerosos espíritus superficiales a trabajar pacientemente con la pluma unos cuadros costumbristas que no pasan de cromos de caja de pasas. Esta desorientación de tanto ansioso buscador de "color local" nos enfrenta seriamente con el pellagudo problema del abrilismo sevillano, y, al mismo tiempo, nos da la clave de su sentido, porque muestra el lado burlón de Sevilla, de su aire y de su mes de abril.



Los más graves secretos de Sevilla se ocultan siempre bajo un manto deslumbrante que sirve para que la corte pasajera y superficial, se engañe en sus colorines y no penetre más adentro. Como el mes de abril es el más importante para la ciudad en el ciclo anual, el distras debe ser doblemente brillante, espeso y arrebatador. Entonces es cuando se llega al máximo de escenografía costumbrista, y todos los elementos de la vida de Sevilla se aprestan con disciplina municipal a colaborar al engaño. El aire, el primero, cargándose de aromas capitosos que sorprenden al revolver de las esquinas; después los propios sevillanos. Yo conozco a uno que se pasó un mes buscando por las mercerías unas morillas para enjaezar las mulas de su coche de feria, del mismo color azul-verde de los ojos de su mujer. El se creía que estaba preparando una galantería, pero, en reali-

dad, estaba obedeciendo al genio de la ciudad, que le ordenaba que hiciese algo que deslumbrase a los incautos y les obligase a quedarse sin saber de la misa la media.

Así, entre bromas y veras, va pasando el mes de abril y los forasteros abandonan Sevilla después de haber en el tendido, tragado polvo en el Real de la Feria, piropeado por puro compromiso y con el más tajante acento castellano a alguna muchacha, y haberse emborrachado lamentablemente en cualquier caseta. En la estación los despiden el aire sevillano riéndose a carcajadas del engaño.

Si no queréis ser burlados en Sevilla por el mes de abril, id al campo y recorredlo a la hora fresca del alba, a la luz cegadora y purísima del mediodía, durante la plateada y dulce melancolía del atardecer, cuando el eco lejano de una voz desolada os aprieta el corazón con una indecible tristeza. Entonces no podrá nada contra vosotros ninguna de las trampas que os pongan la ciudad, sus habitantes ni el mismo aire.

Sevilla, pese a su asfalto petulante, a sus construcciones ambiciosas, a sus tranvías campanilleros, sigue siendo la capital de una comarca; es decir, no ha perdido su relación y su contacto con la tierra circundante. No es una de esas ciudades sustancialmente fabriles, hongos gigantes que han nacido en el campo, porque en realidad no podían nacer en otra parte, pero que son radicalmente insolidarias del paisaje circundante. Pese a sus fábricas y a sus chimeneas, Sevilla continúa teniendo una vital entraña rural; su dinero más limpio y numeroso viene del campo, y en cada uno de los sevillanos hay siempre una predisposición, que puede estallar en cualquier momento, a marcharse a caballo por el trigo abundante, por el olivar simétrico por la dehesa, tan andaluza y sevillana ella.

Cuando llega abril—y este es uno de los grandes secretos de Sevilla, que nosotros nos hemos esforzado en aclarar hoy—, los corazones, los almacenes, los muelles, las cajas de caudales, los poetas y los geráneos se estremecen ante el mensaje que el aire—siempre el aire—les trae de los campos. No es ya un mensaje de primavera, ya lo hemos dicho antes—, pero tampoco es todavía de seguridad del estío. Es un dulcísimo y tembloroso término medio, lleno de delicadeza y de emoción, que anuncia, como casi fructuosamente seguro, el fin del año rural.

Ese aire de abril en el que el viajero inexperto escucha un son de palillos y percibe un rasgueo de guitarras, trae en la más íntima y repetida de sus ondas el secreto enorme del aliento del campo de Andalucía.

Quien no vio Sevilla, no ha visto maravilla.

ONCE años... de hoy se por nuestra gém mos de ella, pue el sabernos desi pesa y descami expresiones en boberia naciona por progresismo inconscientes de Volvemos, si pueblo español fuso jolgorio di sión de una Ba. de España, se i Queremos decir cio!—de todo e lores, coplas ob da al asalto de. neración no se. paces de recrea tera. Empezaba de avanzadilla i bia llamado "in democracia nio vencido paisa al tobogán sin sangre tan pro florilegio dialéc la fraternidad, do ya a la mesi bromas ni silog todas las premi consecuencias.

Desde el pri de parapetarno. y comenzar. Ac once años las c tan sencilla. No jar, pero al me presión de la v encuadrada por Es cierto que i sentinos vinci sistema había dad de su prest tia en poco apt tánea ceguera.

Desde el pu luchado por la 14 de abril. A tierras del Llan ron el desfile i políticas decisi arían ahora s su Ejército y gido salvarse lo sin esperan inejicacia de g Franco, el.

dos la existenc za. Ajenos, rep aquella fecha, i tamos a descu habia naufragi nástica. Vimos Patria los sepi español con el gre y abandon tes de gobiern Para aquel Falange. Para ontramos un y a éste nos examinar la ve

Sig ingle Los japon

Evacuació LONDRES 12. mas noticias pre mania, las fuerz tinúan su retir del frente del Ir AVANCE JAP SINBO BOMBAY 13. cial: "Otra columna a lo largo de la pel de Sinbonov noticias hasta la haya registrado (Cte).

EVACUACION BOMBAY 13 mil personas ha de Madrás desd gún se anuncia e pelentes. Numer portan evacuado del país. La pot alcanza normal 600.000 personas. COMUNICADO BIRI LONDRES 13 desencadenó el